

PAP.

1 XLIX
A-55

BIOGRAFIA

DE

DON DIEGO DE LEON,

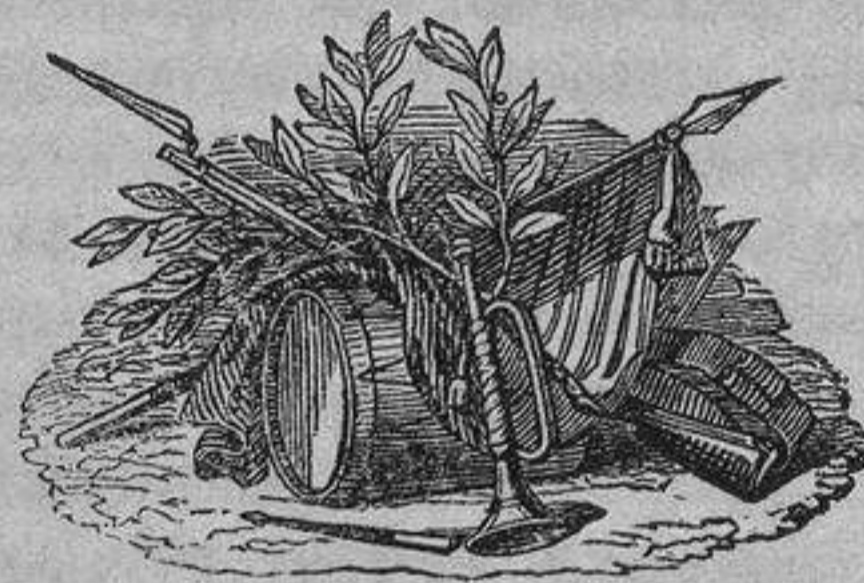
PRIMER CONDE DE BELASCOAIN.

Publicada en el Trono y la Nobleza,

bajo la direccion

DE DON MANUEL OVILO Y OTERO,

Secretario honorario de S. M., de la Academia de buenas letras de Sevilla, de la de Arqueologia de Madrid, etc., etc.



MADRID.

Imprenta que fue de Operarios a cargo de D. F. B. del Castillo.
Calle del Factor, núm. 9.

1852.

~~1/17/99~~

~~9/2/97~~

Leg. 35.

1 XLIX
A-55



BIOGRAFIA

DE

DON DIEGO DE LEON,

PRIMER CONDE DE BELASCOAIN.

Uno de los personajes mas notables de la presente época y que mas profundos recuerdos han dejado en el corazon de todos los españoles amantes de las glorias de su pais, es el que con su nombre viene á dar alguna importancia á nuestro pobre y desaliñado trabajo. Confiados solo en la ternura de los sentimientos que aun escita, en la nobleza y generosidad que cuanto á él atañe nos presenta, hemos emprendido una obra superior á nuestras fuerzas, á nuestros talentos y á nuestros desvelos quizá. Si no corresponde á las esperanzas concebidas sobre ella, no se nos acuse, pues desde luego confesamos nuestra incapacidad, aunque haciendo alarde de emplear cuantas fatigas y esfuerzos la elevacion del asunto requiere. Ojalá nuestra pluma sepa hacer un retrato de este héroe tan original y parecido como la época lo exige, y como el transcurso de

concedió á Leon el grado de Coronel. En este mismo año á 30 de diciembre pasó con su empleo de Capitan al Regimiento de Granaderos á caballo, continuando en él sus servicios hasta 1834, en cuyo tiempo por rigurosa antigüedad ascendió á Comandante del tercer escuadron de Lanceros. La fecha de este real despacho es de 7 de octubre.

Nuestro jóven militar solo habia sido hasta esta época un distinguido oficial entre la multitud de jóvenes que formaban el brillante cuerpo de oficiales de la inolvidable Guardia Real. Las divisiones intestinas que habian ya regado de sangre nuestro hermoso suelo, se habian encarnado tanto como el que mas en aquella escogida reunion de los mas notables militares de nuestra España. No pocos de sus compañeros, guiados por su afecto, por sus compromisos, ó por causas tal vez menos nobles, se habian colocado bajo el pendon de Navarra levantado en defensa del Infante D. Carlos; otros sin embargo se hicieron un deber de su lealtad á la hija del difunto Monarca, y ya por hallarse afiliados á la causa liberal, ó por conviccion en su triunfo, ó fé en sus principios prosiguieron esperando las vicisitudes de la lucha bajo la misma bandera que con tanto ardor un dia juraron. En el número de estos últimos se encontraba el General Leon, ya porque su conciencia le dictaba morir en defensa de los legítimos derechos de una inocente niña, ó porque su noble corazón le hacia comprender que en aquella cuna se encerraban los mas ricos tesoros del porvenir con tan grande esperanza preconizado. Su lealtad y caballerosidad le indicaron entonces cual era su bandera, despues tambien se la señalaron, y saludándola murió en la mas solemne hora, en la del martirio que sufrió por tan heróicos principios.

Largo tiempo hacia que la paz ostentaba su hermosura en toda la superficie de la península española, algunas ligeras revoluciones y poco notables motines solo ha-

bian tenido lugar durante los primeros dias del nuevo reinado, así aunque estalló un movimiento de mas profundas consecuencias, no se le temió en un principio, creyendo seria con facilidad terminado por un ejército, aunque bisoño y aun no acostumbrado á las fatigas de la campaña, montado segun todas las leyes y disposiciones que indica la táctica militar, y ejercitado en aquel largo período en todo género de instruccion á propósito para el caso que entonces se acercaba. La mayor esperanza se habia vinculado en la Guardia Real tanto por la brillantez de estos cuerpos, como por los talentos y prendas militares que adornaban á sus jóvenes oficiales. El éxito probó la exactitud de estos cálculos y la Guardia marchando la primera al combate, manifestó en cuánto tenia la gloria que se la dispensaba depositando en ella la mas ilimitada confianza.

Leon se vió en la necesidad de reprimir los nobles y ardorosos ímpetus de su esforzado carácter, al ver que sus compañeros partian á Navarra y él quedaba de guarnicion en la capital; envidiaba su suerte, pedia acompañarlos, empero la augusta huérfana que le estaba confiada, le parecia tan precioso depósito, que solo á él se consagró en silencio, esperando el instante en que le dictara marcharse á verter su sangre en su defensa. Llegó este dia despues de haberle deseado y reclamado en vano tantas veces y ébrio de gozo partió á las provincias en busca de los laureles que tan abundantes le brindaba su estrella.

El 26 de octubre de 1834 llegó nuestro intrépido caudillo al punto donde habia sido destinado, reuniéndose con el escuadron de su mando, á otro de su mismo regimiento, que con el coronel se encontraba en provincias algun tiempo hacia; por enfermedad de este y ausencia del comandante mas antiguo, quedó Leon al frente de los dos escuadrones. Abrióse á poco la segunda campaña, y en todas las primeras acciones que en ella se trabaron figuró con la mayor distincion, conduciendo con su intre-

pidez y marcial serenidad á sus escuadrones por el camino de la victoria. Mandando su regimiento combatió el 15 de enero de 1835 en el ataque de Urbiza, en el de Muez el 27 del mismo mes, el 5 de febrero en los campos de Navarra, Asarta y en el puente de Arquijas, y no solo este sino otros cuerpos de caballería dirigió accidentalmente en la accion de los Arcos el 24 de febrero, el 8 de marzo en la del puente de Larraga, y en la de Arroniz el 29 del mismo mes. En 2 de mayo del mismo año protegió con las fuerzas de su mando la retirada del fuerte de Treviño; el 16 cooperó á un reconocimiento sobre el valle del Carrascal; el 13 de julio protegió la retirada del sitio de Salvatierra y el 16 del mismo mes dió una bizarra carga en la mas gloriosa jornada que alcanzaron las armas cristinas en esta campaña; en la batalla de Mendigorria. Y no nos detenemos, pues nos lo impiden los estrechos límites que se nos han impuesto, en referir diferentes vicisitudes y peripecias que en esta época concurrieron á coronar con éxito el ya célebre nombre de nuestro protagonista. Es demasiado largo el catálogo de los títulos de las peleas donde se encontró, para poderle enumerar en tan cortas páginas, de las que cada una debe señalarse con un laurel á su inmortal fama, pues contiene un triunfo conquistado con su sangre y esposicion de su vida antes de llegar á los primeros grados del ejército en que no menos renombre habia de adquirirse en premio de sus heroicas fatigas, á los continuos encuentros, lances parciales, marchas sostenidas, sorpresas, emboscadas, é individuales hazañas en que se hizo respetar y hasta admirar de sus mismos enemigos.

Leon, sin embargo, en el tiempo á que nos referimos aun no se habia hecho su reputacion, conquistósele, sí, y muy colmada, como gefe de caballería el 2 de setiembre de 1835 en los campos de Arcos y en las alturas de Lomba. Dirigía esta accion el General Espartero, y le ordenó sostuviera el ala derecha de la línea con un escuadron de

su regimiento, cuya fuerza total ascendia á unos 72 lanceros. El enemigo cayendo en superior número sobre las tropas cristinas, las arrolló completamente. Solo el peloton de lanceros, intrépido en su puesto esperó con su gefe á la cabeza, quien dirigió dos movimientos tácticos para atacar al enemigo de flanco, hizolo con tan escasa fuerza, y no obstante constar de cinco batallones y tres escuadrones la masa carlista, los desordenó á la primera arremetida. Lograron rehacerse y no una sino repetidas veces; pero aumentándose con sus fuerzas el arrojo del valiente militar cargó sobre ellos hasta cinco veces, terminando por derrotarlos del todo poniéndolos muy en breve en retirada.

Dos caballos muertos y uno herido manifiestan toda la energía, valor y actividad que hubo de desplegar en aquella ocasion el bizarro gefe que los mandaba. Tamaño hecho merecia sin igual recompensa y no se hizo esperar por mucho tiempo. Todo el ejército formó en batalla al dia siguiente, y al presentarse el escuadron de lanceros fué recibido con marcha de honor y el arma presentada; el General en Gefe D. Luis Fernandez de Córdoba, colocó con su mano en el pecho de Leon la cruz laureada de San Fernando, premio de su rigor y constancia; la notoriedad de la hazaña con que la habia conquistado, motivó que S. M. le dispensara del juicio contradictorio acostumbrado en semejantes ocasiones. Hemos llegado á su primero y mas notable hecho de armas, detengámonos en él regocijándonos antes de levantar el negro velo que muy pronto habia de enlutar tanto entusiasmo y sacrificios!

Infatigable el caudillo cordobés continuaba mereciendo cada dia con mayor motivo los primeros honores, los mas distinguidos puestos y la mas justa nombradía en aquella série de triunfos sin término, semejante á una de esas leyendas caballerescas que las tradiciones de la edad media nos han legado envueltas en los encantos y las fábulas de su quimérico origen. Los Infantes de Lara, Ber-

nardo del Carpio, el Cid, todos nuestros antiguos y célebres campeones parecieron renacer por un instante en su persona para realizar á nuestra vista proezas que se habian dudado, como vinculadas á la fama de los héroes de la nacional epopeya. Leon apareció como la gloria, viniendo á unirse á una causa y á prometerla el triunfo, pero éste conseguido desapareció como un sueño. Tal era su destino, personificar en sí mismo la victoria, y enterarse con su bandera el dia que se preconizara vencedora; así murió tan grande, mayor quizá de lo que habia vivido.

Pero reanudemos nuestra interrumpida narracion para encontrar á nuestro protagonista combatiendo el 11 de setiembre en los campos de Mendigorria; el 17 de octubre en Salvatierra, y en el reconocimiento sobre Guevara, donde se colmó de laureles por haber desalojado al enemigo de sus posiciones, que defendia con el mayor teson y denuedo; el 28 del referido mes, en la marcha desde Villareal á Vitoria, sostuvo con cinco escuadrones, que se colocaron á sus inmediatas órdenes, la retirada de todo el grueso del ejército, y con ellas escarmentó en dos brillantes cargas al enemigo, que amenazaba la retaguardia; este hecho superior á todo encarecimiento, le mereció una honorífica mencion en la órden general. Su existencia por estos dias era la agitacion, el ruido y el estrépito de los combates; no tenia un momento de descanso: el 15 de octubre volvió á pelear otra vez en Estella, y el 16 en Montejurra, en cuyo punto ejecutó una de sus gloriosas é inolvidables hazañas; lanzóse con su escuadron al desfiladero del monte, y alcanzando pasarle con siete lanceros, acometió con tan increíble fuerza á la respetable de dos escuadrones enemigos, llegando á tomarles, despues de haberles puesto en declarada fuga, mas de treinta prisioneros. El 1.º de enero de 1836 concurre á la accion trabada sobre el castillo de Guevara; el 16 y 17 á los célebres y sangrientos combates dados

en Arlaban, y el 23 al reconocimiento del castillo de aquel nombre; el 25 de febrero se batió en Berrio-Plano, y á él se debió el buen éxito de la acción que decidió en favor de las armas constitucionales, con una carga brillantísima; el 5 de marzo peleó en Zubiri. El 23 del mismo se le puso al frente de 150 infantes y 6 $\frac{1}{2}$ caballos, encomendándole la persecución del cabecilla carlista el Royo, que llevaba á sus órdenes dos batallones y un escuadrón de tropas enemigas: el resultado coronó sus esfuerzos, al amanecer del siguiente día alcanzó, desplegando toda su actividad y energía, esta facción, y la dispersó y puso en la mas completa derrota á la segunda carga.

Don Pedro Elío, Coronel de los húsares de la Princesa, habia perecido en aquellos dias víctima de su bizarría, en una brillante acción sostenida en la ciudad de Orduña; el valor, la inteligencia, los méritos de Leon, le indicaban para este puesto; el ejército en su totalidad era de este parecer, y el Gobierno siguiendo el impulso recibido de la opinion pública, le nombró en 12 de marzo de 1836, Coronel de un regimiento, que muy en breve habia de deberle toda su celebridad. A su frente combatió el 25 de abril en el reconocimiento sobre Villareal de Alava; con él corrió en seguida á sostener el fuerte de Villaba de Losa, y no solo á este punto llegó á tiempo de conseguir su objeto, sino que volvió con el suficiente para encontrarse en varias de las famosas acciones que se dieron en Arlaban, en los dias 21, 22, 23, 24, 25, 26 y 27 del referido mes. Con asombro recuerda aun España entera estos memorables combates; sus descripciones se leen con avidéz, y por eso no nos detenemos en referir la gloriosa parte que cupo á nuestro protagonista en tan famosos sucesos, colocados con justicia como los primeros y mas abundantes en resultados de la guerra de los siete años. Verificóse en esta época la expedición, que dirigida por

el caudillo carlista Gomez, alcanzó, aunque sin otro éxito notable, á recorrer de uno á otro extremo la Península entera. Leon y sus húsares fueron destinados á la division que debia anonadar la osadía de los expedicionarios, persiguiéndolos dó quiera, sin dejarles un instante de reposo, hasta hacerlos regresar á sus guaridas ó dispersarse desbandados sin auxilio ni esperanza de ninguna clase. El enemigo viéndose tan de cerca seguido, apresuró su marcha, y aunque no sin parciales encuentros, logró recorrer ante las huestes cristinas, las provincias de Asturias, Galicia, las dos Castillas, la Mancha y Audalucía. Abundantes ocasiones se presentaron al intrépido gefe de los húsares en tan estensa correría, donde hacer brillante alarde del esfuerzo de su lanza, y sus no vulgares conocimientos en las profundas máximas de la ciencia militar; pero hay un hecho tan glorioso, tan digno de especial memoria en esta biografía, que oscureciendo á los demás, nos obliga á olvidarlos para presentarle en toda su heroica grandeza.

El hecho á que nos referimos acaeció el 22 de setiembre de 1836, cerca del pueblo de Villarobledo, en la provincia de Cuenca, y conocido bajo el título de batalla de aquel nombre. Las tropas de la Reina, mandadas por el General Alaix, y en las que se encontraba nuestro protagonista, alcanzaron á la expedicion de Gomez junto al referido lugar de Villarobledo: 3,000 infantes, 150 húsares y 80 caballos del 4.º de ligeros, componian todo el personal de la division cristina; la del Pretendiente constaba de 11,000 infantes y 1,200 caballos, al mando estos últimos del célebre Cabrera. El gefe liberal viendo la superioridad de las fuerzas enemigas y su decision á presentarle el combate, se apoderó de una posicion ventajosa con sus infantes y caballería ligera, dejando á Leon obrar discrecionalmente con los húsares que tenia á sus órdenes. Ni aun podia el prudente Alaix pensar en la victoria que le proporcionó el valeroso y entendido Leon.

Independiente del cuerpo principal, comenzó éste á separarse de él y á maniobrar con su corta fuerza, hasta que llegó á colocarse por un movimiento táctico sobre el flanco derecho de la línea enemiga, la cual se hallaba formada por catorce masas de infantería y dos columnas de caballería. Los carlistas al conocer la inminencia del peligro, proyectaron un cambio de dirección, pero los húsares cayeron sobre ellos en aquel mismo instante, arrollándolos y deshaciéndolos en el acto. Al aturdimiento que causó esta certera y bien calculada carga en el enemigo, debió su salvación nuestro valeroso caudillo, porque arrastrado por el ardor del combate, avanzó sin acordarse de sus soldados, que quedaron detrás de él custodiando á los prisioneros y persiguiendo á los fugitivos. Siguiendo este primer ímpetu de la pelea, continuó empeñándose en medio de las numerosas huestes carlistas, con exposición á que volviendo en sí le privasen de la retirada. Su ardor no le consintió retroceder, é impávido continuó avanzando, y llevaba ya atravesadas trece de las catorce masas enemigas, cuando al llegar á la última se encontró acompañado de solos ocho húsares; sin vacilar se arrojó también sobre ella, logrando intimidarla y ponerla en fuga: aun su valor le hizo penetrar hasta las calles del pueblo, poniendo así término á tan brillante hecho de armas; 860 hombres que componían la última columna carlista, se rindieron á discreción en aquel momento. Alaix, que desde su ventajosa posición estuvo contemplando la vergonzosa derrota de Gomez y los suyos, descendió entonces para alcanzar el fruto de tan decisiva victoria; consistió éste en 1,543 prisioneros, entre ellos ciento dos gefes y oficiales y doscientos muertos en el campo; dos mil fusiles fueron tomados al enemigo. Tal es la pérdida de la facción, detallada en los partes de aquellos días; la de Leon solo fue de un cadete y cinco soldados muertos, diez soldados y veinte caballos heridos.

:

Solo la intrepidéz y arrojo del gefe de los húsares, esplican este triunfo, alcanzado á tan poca costa para lo inminente y casi invencible del peligro. Toda la nacion al conocer el éxito ventajoso é inesperado de esta sin igual batalla, repitió con admiracion y merecidas alabanzas el nombre del intrépido gefe que la habia conseguido.

El General Alaix no contento con hacer honorífica mencion en su parte al Gobierno del gefe y los soldados que tanta heroicidad desplegaron en esta jornada, formó su division y recibió á su frente á Leon y sus húsares, donde les dió espresivas gracias en los mas lisonjeros términos. S. M. concedió al regimiento llevára en su estandarte la corbata militar de la órden de San Fernando; el Ministro de la Guerra le felicitó en una proclama como gefe del ejército, y el valiente Leon, su intrépido Coronel, fue ascendido á Brigadier, y nombrado Comandante general de la caballería del ejército en campaña en 20 de setiembre, en premio de tan distinguido servicio. Todas las autoridades y corporaciones, ya de oficio ya particularmente, espresaron á nuestro héroe su satisfaccion por el fausto resultado de aquel dia.

El agradecimiento de la patria se manifestó entonces á la altura del mérito contraido; de tal cuantía fue éste, que destruyó todas las esperanzas concebidas por el carlismo en su costosa espedicion, y Gomez desde aquel instante se vió en la precision de convertir en precipitada fuga lo que pudiera haber sido una correría de fecundo porvenir.

No parece sino que la gloria ha mecido la cuna de ciertos hombres y está destinada á guardarles el sueño aun en el sepulcro. Estas figuras colosales que de cuando en cuando aparecen para modelo de los pueblos, representan en la historia el papel de aquellas piedras que en los caminos marcan al cansado viajero el punto donde se encuentra de su viaje. Son como los monumentos que manifiestan á los futuros siglos el genio de las edades, de

las épocas en que fueron elevados. En vano se les pretenderá abandonar, en vano la avidéz de nuevos descubrimientos invitará al diligente investigador á dar un paso mas allá de la secular tradicion, su mirada siempre tornará hácia atrás, sus oídos creerán alejarse de singulares armonías, y su corazón experimentará un vacío mayor á medida que mas se vaya separando del objeto de su entusiasta culto. ¡Destino admirable concedido á pocos hombres! Diego Leon es uno de ellos!

Después de la acción de Villarobledo, donde con heroico esfuerzo alcanzó tan brillante triunfo, nuestro intrépido caudillo continuó á las órdenes de Alaix, favorito condescendiente de Espartero, hasta el punto de ser llamado por algunos historiadores su sustituto, en persecución de la facción de Gomez, que en su precipitada fuga llegó á tener la osadía de apoderarse de la ciudad de Córdoba, patria del valiente Leon. Ni aun tuvo tiempo de comprender la importancia de su victoria; nuestro protagonista penetró en pos de los expedicionarios, el primero como siempre, los cargó, los arrolló y deshizo en las mismas calles de la ciudad, acosándolos hasta la inmediata sierra, donde aun los siguió sin dejarlos un instante de reposo hasta que se acogieron al Carpio y otros sitios mas inaccesibles todavía, aun aqui se atrevió á batirles, de tal manera, que no encontrando seguridad en ninguna parte, se desbandaron en dirección á Estremadura y á los montes de Toledo poco después.

Con esta division prosiguió hasta el 5 de noviembre, en cuyo dia su regimiento marchó á incorporarse al cuartel general del Marqués de Rodil, á cuyo mando regresó á marchas forzadas por Trujillo, Medellín y Villanueva de la Serena á Córdoba, donde el dia 14 se incorporó á la columna del General Rivero que operaba en combinacion contra el enemigo; Leon siguió persiguiéndole por Fernan Nuñez, Montilla, Ecija, Osuna, Ronda y San Roque.

Hallándose en estos dias con el regimiento de su mando en Dos-Barrios para dar algun reposo á la gente, el Gobernador de la plaza de Gibraltar y varios oficiales ingleses que con él se encontraban en aquel punto, le manifestaron sus deseos de contemplar la táctica y conocimientos en el manejo del arma de un regimiento cuya reputacion se habia ya hecho europea. Leon no pudo menos de condescender á una peticion con tal finura expresada, y no menos que de la aptitud del gefe quedaron complacidos de la admirable destreza y práctica de los valientes soldados.

De Dos-Barrios marchó á Alcalá de los Gazules y á Arcos, donde se incorporó á la division del Mariscal de Campo D. Ramon María Narvaez, á cuyas órdenes prosiguió en persecucion de los espedicionarios por Montellanos, Osuna y Puente D. Gonzalo, el cual habia sido destruido por la faccion, viéndose de consiguiente precisados á vadear el rio, llevando la caballería los infantes á la grupa. Algun tiempo despues se reunió esta fuerza á la mandada por el General Alaix, y á sus órdenes batieron á los facciosos en el pueblo y campos de Alcaudete en la noche del 29 de noviembre, ocasionándoles la pérdida de 482 muertos y 200 prisioneros, cayendo ademas en su poder considerable número de acémilas, armas, municiones y equipages, pues alcanzado el enemigo cuando menos lo esperaba, se desordenó en precipitada fuga, siendo perseguido en todas direcciones y con la mayor bravura por los valientes húsares y su intrépido caudillo, hasta que logró penetrar por Aranda de Duero en las Provincias Vascongadas, donde la derrotada espedicion corrió á ocultar su malogrado éxito.

Entonces las tropas cristinas que tan bizarramente se habian portado todo el tiempo que estuvieron dedicadas al seguimiento de la faccion, fueron destinadas á diferentes puntos con el objeto de rehacerse de tan continuas y penosas fatigas. El regimiento de húsares fue

de consiguiente enviado á Palencia. Aqui se hallaba Leon dando á los suyos el necesario reposo despues de una marcha de mil y noventa y tres leguas, ejecutada con la mayor celeridad y precipitacion, sin descansar una hora de dia ni de noche, cuando se anunció la venida de otra segunda espedicion, cuyo propósito consistia en vengar los reveses sufridos por la primera, y colocar al Pretendiente en el trono de Madrid. Don Carlos la mandaba en persona. Nuestro caudillo recibió en el acto la órden de reunirse con su regimiento al ejército que se destinaba á anonadar á los atrevidos espedicionarios, teniendo lugar su incorporacion el dia despues de la accion de Huesca. Su ardor le obligó á ponerse en marcha sin la mas pequeña detencion. El 26 de abril de 1837 salió de Palencia con direccion á Vitoria, y el 14 del siguiente mes se encontraba ya en Arlaban, donde concurrió al reconocimiento y accion que en aquellos campos se verificó por estos dias.

El próximo 15 fue enviado en persecucion de los espedicionarios, marchando á Aragon, donde su regimiento sostenido por una brigada de infantería, se cubrió de laureles, apenas puso su planta en aquel territorio. El hecho á que nos referimos es el acaecido en Barbastro á 5 de mayo del mismo año, cuya barca cortaron los húsares, encontrándose en la refriega que tuvo lugar en seguida, y donde no alcanzaron menor gloria.

Don Carlos habia situado su cuartel general en Barbastro; al saber la proximidad de nuestras tropas ordenó y colocó á las suyas en las posiciones convenientes, presentando con la mayor decision la batalla. La suerte se pronunció en un principio contra los defensores de la Reina, siendo desbaratada su línea y completamente deshechos y batidos los batallones que la formaban. La balanza estaba ya inclinada en favor del carlismo, pero Leon arrojando en ella su espada, nos dió otra victoria, demostrando hasta qué punto llega el poder de voluntad de un

individuo, si se encuentra sostenido por el suficiente arrojo é inteligencia. Los facciosos ya entonaban su himno de triunfo, y se creían seguros de la jornada, cuando Leon apartándose del grueso del ejército y empleando una combinacion que siempre ejecutó con el mas venturoso éxito, se colocó sobre el flanco izquierdo del enemigo, y escalonando sus fuerzas, comenzó una série de cargas, con las que no solo detuvo la insolencia y fuerza de la faccion, sino que tomando las posiciones de donde habian sido sus compañeros desalojados, la forzó á contramarchar hácia el pueblo, y permaneció campeando á su frente con sus valientes escuadrones. Por esta accion mereció especial recomendacion, y que manifestase el Excmo. Sr. General D. Marcelino Oráa, que la mandaba, se debia el buen resultado que hubo en ella, á Leon y sus cuatro escuadrones que mandaba, siendo tres de húsares y el otro de cazadores á caballo de la Guardia Real, y que componian la fuerza de 383 caballos, y tuvieron la baja de 21 caballos muertos, 56 heridos; 3 oficiales muertos, 9 heridos; 18 soldados muertos y 30 heridos.

De esta derrota se desprende la de la expedicion entera; pretender llevarla adelante era una temeridad despues de tan desgraciado suceso; sin embargo aunque el Pretendiente no desanimó en sus esperanzas, el mérito contraido por Leon nada pierde de su valor efectivo, y su lanza aun estaba pronta á escarmentar el orgullo de quien tan superior le ostentaba. En efecto, ¿cuál era el partido que restaba á la expedicion desde aquel dia? ¿qué la aconsejaba la prudencia viéndose derrotada por un puñado de valientes conducidos solos por su entusiasmo, su amor á la Reina y su fé en la causa que sostenian? La fuga, su postrero recurso, debieron emplearle desde aquel momento, apenas se concibe su osadía y como aun pretendieron recorrer nuevas provincias despues de aquel tan completo escarmiento. No es este lugar de entregarnos á cierta clase de consideraciones, que quizá ilustrarian

hechos poco conocidos, y aunque realzaran el mérito de nuestro trabajo, le son muy extraños para formar parte de él. Estamos hablando de un héroe que aun dedicándole toda nuestra atención quizá no lleguemos á tejerle la guirnalda á que se hizo acreedor por sus admirables hazañas y varonil esfuerzo.

Lejos de descansar sobre sus laureles el héroe que, superior á ellos, tantos habia sabido adquirirse, emprendedor é infatigable siempre, anhelaba nuevas victorias, siempre triunfos mas maravillosos, mas fecundos, mas positivos y de mas seguros y próximos resultados. Después de la victoria de Barbastro, donde tan alto habia rayado su esfuerzo, dedicado á la persecucion activa de Don Carlos, no permitió ni un momento de descanso á sus tropas, hasta que convencidas las facciones de la impotencia de sus tentativas, hubieron de abandonar á Aragon internándose en Cataluña; Leon marchó en su pos. La gloria ávida siempre de presentarle ocasiones donde distinguirse, le acompañó en este pais, brindándole con dias de inmortal recuerdo. En los campos de Grá debia volver á amanecerle el sol de Villarrobledo y coronar su frente con otro rayo mas de inmarcesible resplandor. Nueva página de su existencia que con letras de oro querriamos encontrar escrita.

El Baron de Meer tenia entonces el mando militar del Principado, y en su calidad de Capitan general, se puso al frente de las tropas de la Reina siguiendo la persecucion activa de los rebeldes, á los que llegó á alcanzar el 12 de junio en los campos de Grá, donde habian tomado posiciones con el objeto de retarle á la pelea. Leon recibió el mando del costado izquierdo de la línea, que formó con dos escuadrones de húsares y un batallon del segundo regimiento de Granaderos de la Guardia Real que con aquel objeto se le habian confiado. Después de cuatro horas de fuego muy nutrido, la suerte continuaba indecisa sin manifestar hácia cual lado se incli-

naria; la decision y el arrojo era igual por ambas partes, y parecia que en tan solemne ocasion se decidia del porvenir de cualquiera de las dos causas; por eso no desplegaron los carlistas menos valor que sus adversarios los cristinos. Hallábase sin embargo allí el Aquiles de estas guerras, y en cuanto vibrara su lanza, la victoria que la dirigia no podia menos de manifestarse á su lado. En efecto, recibe Leon órden para cargar al enemigo, y lanzándose á la bayoneta con la infantería, prosigue el ataque con los dos escuadrones, cubiertos por el batallon, facilitando á su gefe cayera sobre el frente y terminara la derrota que con tal brillantez y buen éxito habia preparado. El Brigadier de los húsares recibió en premio de tan heróica hazaña la Gran Cruz de Isabel la Católica, con fecha 25 de agosto de 1837.

Este hecho de armas y la carga que le constituye, pasa por la de mas mérito militar de cuantos ocurrieron en la campaña. No obstante, no faltaron personas mal intencionadas que pusieron al Baron de Meer en el caso de entrar en contestaciones con nuestro caudillo sobre si eran ó no todas las ventajas que habia sacado las que podian alcanzarse en aquellas circunstancias; la cuestion llegó á agriarse tanto, que Leon marchó á Barcelona, donde permaneció algunos dias descansando de tan prolongadas fatigas.

Si los aplausos populares llenaran el corazon que rebosa de alegría al sonido del clarin guerrero, los que nuestro húsar recibió en esta ciudad le hubieran colmado de las mas dulces satisfacciones; empero para él no las habia fuera del campo de batalla, y á los pocos dias abandonó los placeres con que le brindaba la ociosidad en una poblacion populosa, por correr á participar de los peligros y triunfos de sus compañeros de armas. Apenas el ejército salió de Cataluña y penetró en Navarra en pos de las facciones, corrió á incorporarse con él, poniéndose al frente de su regimiento y á las órdenes del General

Espartero, encargado entonces de perseguir á la expedicion.

Hubo muchos encuentros parciales, pero la fortuna le presentó en Pozo Aranzueque otro dia de gloria, que supo aprovechar con el ardiente anhelo que siempre manifestó en semejantes ocasiones. A principios de noviembre fue alcanzada la faccion en aquel punto. Leon recibió órdenes para adelantarse á tomar la vanguardia enemiga, y como la encontrara pronta á combatir en número de tres batallones y cinco escuadrones, desplegando tres escuadrones en batalla, que lo fueron, uno de cazadores á caballo de la Guardia, otro de lanceros de la misma, y uno de tiradores de húsares, cargó y arrolló á los carlistas, consiguiendo tomar el pueblo; sin descansar un instante, para asegurar la victoria, vuelve á desplegar en tiradores á sus húsares, acomete de nuevo á la línea principal que aun esperaba á pié firme, y consigue decidirla á la retirada; despues de haberla completamente acuchillado y derrotado, el enemigo se entregó á la fuga, y un batallon que le servia de reserva hubo de rendir las armas. Esta brillante jornada le alcanzó el ascenso á Mariscal de Campo en 9 de noviembre de 1837.

Aun no habia llegado á su noticia este honorífico ascenso; todavia no habia recibido la faja, premio de su postrera hazaña, cuando se le presentó otra nueva ocasion donde acreditar cuán digna era de ceñírsela. En Huerta del Rey se ocurrió una de esas circunstancias que tan bien sabia aprovechar, lanzándose en una de esas brillantes y arrojadas cargas que siempre han ido unidas á los indelebles recuerdos de su nunca bien celebrado nombre.

A pesar de lo avanzado del invierno, pues era á 14 de noviembre, nuestro ejército proseguia con el mayor ardor é intrepidéz la persecucion de los expedicionarios. Leon, que iba en la vanguardia, se habia adelantado mucho á ella, seguido de solos 69 tiradores. El enemigo al verle creyó poder apoderarse de uno de sus mas en-

:

carnizados y decididos antagonistas y de la escasa tropa que le acompañaba; para ello comenzó á desplegar sus fuerzas, juzgando fácil el envolverle. Pero Leon, con su mirada inteligente y su valor á toda prueba, comprendió los intentos de los enemigos, dispuesto á frustrarlos; en efecto, observa á los contrarios, y en el mismo instante en que comienzan á efectuar su movimiento, se arroja sobre ellos á rienda suelta, sin que les quedara mas recurso que apelar á la fuga despues de una débil y ligera resistencia. Con sus 69 húsares venció á nueve escuadrones, tomándoles 93 prisioneros y 78 caballos.

Este golpe acabó de anonadar á la expedicion, que desde entonces corrió á esconderse en sus escarpadas montañas; nuestro caudillo hubo de seguirla en su desbandada marcha, y cuando ya desapareció completamente en la provincia de Alava, teniendo en cuenta sus servicios, fueron recompensados con la Comandancia general de la provincia y tropas que operaban en Navarra.

El estado del nuevo gobierno que se le habia confiado, era el mas á propósito para hacer desalentar al hombre que no hubiera tenido la fuerza de alma y energía de Leon. La division que se puso á sus inmediatas órdenes, se hallaba casi toda formada por regimientos que como el de húsares, habian andado en muy breve término el no despreciable espacio de 619 leguas, en persecuimiento de los expedicionarios facciosos; tan considerable fatiga les habia acarreado no escaso número de bajas, sufriendo no menores detrimentos su equipo y calzado; de raciones carecian absolutamente, de manera que el nuevo Comandante general se encontraba en una de esas críticas posiciones, que son la piedra de toque donde se prueba el verdadero valor de los grandes capitanes cuando se ven precisados no solo á conducir á sus gentes á la victoria, sino á proporcionarles el pan de cada dia, sin el que les es imposible soportar los inmensos trabajos de una larga

y penosa campaña. Cuatro meses dedicó Leon á reorganizar aquellas fuerzas y procurarlas todos los recursos de que carecian; solo su infatigable celo alcanzó á vencer los innumerables obstáculos que cada dia se le presentaban, dándose por contento cuando los creyó completamente superados.

Pero no solo el ejército habia llamado por esta época su atención; su provincia se hallaba en igual sino en mas inminente crisis, porque dedicado todo el grueso de las tropas cristinas á la persecucion activa de los espedicionarios, los facciosos de Navarra no dejaron de aprovechar las circunstancias para estender su dominio á toda la provincia; apoderándose de algunos puestos, fortificando otros, cortando ciertos caminos y ejecutando en fin tal plan de defensiva, que apoyado por la situacion topográfica del pais, les proporcionaba tenerle sometido, domiéndole desde algunos lugares que ocupaban y sostenian con escasísimas fuerzas.

Nada de esto intimidó á Leon; sus soldados le amaban, tenia fé en ellos y estos en su General, á quien miraban como la bandera que siempre caminaba por la senda de la gloria. Siendo el primero en los sacrificios, estaba seguro de que todos le imitarian, y él no se hallaba dispuesto á alejar de sí ni aun los mas penosos. Sabia cuanto valor se daba á la lanza de Grá y Villarrobledo, y antes queria morir que frustrar tan bien fundadas esperanzas.

A los genios superiores lejos de arredrarles el número y la fecundidad de los peligros, encuentran en sus mismos obstáculos la fuerza para vencerlos, y con una facilidad que forma el verdadero sello de su grandeza, parece les basta una sola mirada para conseguir un triunfo que las mas gigantescas fatigas no hubieran conquistado á la mas osada medianía. Es que hay un destino que preside á todos sus actos, les conduce, y sirviéndolos de guia, les marca la senda mas fácil y segura para llegar al templo de la inmortalidad velado á los ávidos ojos de

los ambiciosos profanos. Este destino que se descubre en la existencia de todos los grandes hombres, aparece alumbrado con los vivísimos destellos de su fúlgida luz la esplendente carrera que en la suya ha recorrido el héroe, objeto de estas páginas, y en la fase que de ella ahora inauguramos se ostenta en todo su vigor, á su mayor altura como el astro del día, cuando del medio del horizonte esparce sus mas fecundos rayos dorando en su majestuosa marcha la inmensidad de los espacios.

—61— Leon con una constancia á toda prueba, un celo infatigable y una actividad sin ejemplo, llegó á alejar las dificultades que anulaban el mando que se le habia concedido, y á remover los obstáculos que le impedían tomar la ofensiva, objeto de todos sus mas ardientes deseos. No podia suceder de otra manera, por grandes que fuesen aquellos; su ánimo era mayor, y de todas las superioridades la del peligro es la que le era mas imposible reconocer. No solo sus tropas y el territorio que se le habia confiado llamaron entonces su atencion, sino la misma Pamplona, capital de Navarra y ordinaria residencia del virey: una vez reorganizadas aquellas, reclamó sus esfuerzos para salir de los apuros que como toda la provincia padecia. Su deber le llamó á este punto, y aunque con inmensos trabajos logró librarle de la penuria que padecia; largos y frecuentes combates hubo de empeñar para ello, pues cortadas las comunicaciones con las fortificaciones que el enemigo habia construido en el célebre puente de Belascoain, era necesario todos los dias combatir con la faccion para surtir de víveres la ciudad, llegando á veces el caso de poner en movimiento toda la division para conseguir la entrada de los convoyes que la estaban destinados. De aquí procedió la necesidad de lanzar á los facciosos al otro lado del Arga; sin embargo, aun despues de alcanzado este triunfo la experiencia manifestó que no por eso quedaba asegurada la comunicacion por toda la provincia.

En su consecuencia, entrado el año de 1838 en cuyo mes de enero tuvo lugar la acción de Viarrun sin más resultado efectivo que la salvación de uno de nuestros convoyes, comprendió Leon la absoluta necesidad de tomar el puente de Belascoain, que por su fácil comunicación con el Carrascal ofrecía un seguro paso á los víveres necesarios.

El proyecto, apenas concebido, fué remitido para su aprobación al general Alaix, virey á la sazón en cargos de aquella provincia, quien creyéndole irrealizable le desaprobó completamente, juzgándole según aseguran, de temerario.

Si solo á esto se hubiese limitado el general Alaix no merecería nuestras reconvenciones, pero fué más allá y la imparcial historia no puede menos de censurarle sus actos, aunque de ellos redundara no pequeña gloria á nuestro caudillo. Este, lleno de fe y convencido de la infalibilidad de sus planes, lanzó sus huestes al combate, el éxito comenzó á coronar su empresa desde los primeros momentos con la toma de las fuertes posiciones de Legarda y el monte del Perdon, puntos desde los que se facilitaba en gran manera el ataque contra los enemigos, y sin cuya posesion les era imposible sostenerse por mucho tiempo; pero Alaix, aunque viendo ya asegurado el suceso se negó á facilitar la artillería y proteger la empresa en que Leon se habia empeñado. No por eso vaciló el último, se hallaba decidido y retroceder era tan indigno de quien llevaba sangre noble en sus venas, como del que percibia la victoria cerniéndose sobre su cabeza y entonando sus himnos présagos de la jornada que le iba á hacer acreedor á ellos, atacó y venció; su corazón no le habia engañado.

El primer objeto que Leon llevó á cabo al emprender su plan de operaciones, fué el de procurar atraer hácia otra parte la atención de los enemigos, permitiéndoles una incursion en el Carrascal; para ello practicó un cam-

bio estratégico hácia el extremo opuesto de su línea , del cual consiguió los efectos que desde un principio se había propuesto.

Los carlistas se situaron en los lugares inmediatos de Legarda, Ostegarda, Muzo, Baznou y Obanos, en fuerza de ocho batallones y seis escuadrones , y sabiéndolo Leon que se encontraba en Lodosa á siete leguas de distancia de los puntos ocupados por los enemigos, emprendió la marcha á las nueve de la noche con la fuerza de cinco batallones, una batería rodada y cuatro escuadrones y estuvo al amanecer en Puente la Reina, punto fortificado y guarnecido por las tropas y distante tres cuartos de hora de los que ocupaban los enemigos. Roto el día emprendió la marcha para Legarda , donde los enemigos se habian reconcentrado. Las posiciones eran en extremo ventajosas á los partidarios del Pretendiente, que se aprovecharon de la ocasion favorable para tomar los puestos que creyeron mas convenientes para un caso de ataque , engriéndose desde entonces con la seguridad de una victoria , garantizada hasta por la topografía de pais.

Inútiles les fueron sin embargo tan lisonjeros auspicios, ni el esfuerzo y osadía con que se sostuvieron en sus posiciones. Enérgicamente perseguidos por caballería é infantería, se vieron precisados á abandonar el campo á sus contrarios y recogerse precipitadamente hácia Belascoain , dejando innumerables cadáveres y no pocos heridos y prisioneros en manos de los nuestros , que tomaron en el acto á Legarda y el monte del Perdon donde campó Leon para asegurar la comunicacion con Pamplona , y á la vista de los enemigos. Entusiasmado este por el buen éxito con que habia inaugurado el combate , envió uno de sus gefes de estado mayor á manifestárselo á Alaix, indicándole su propósito de caer sobre el puente en la próxima mañana , para lo cual le suplicaba le enviase la artillería gruesa de que carecia. Mas como amaneciera aquel y no pareciese esta , no quiso desaprove-

char los momentos ni enfriar el ardor de sus soldados inútilmente y los lanzó hácia Belascoain.

Dos batallones parapetados tras casas aspilleradas y preparadas ocupaban este punto, y el grueso de las fuerzas se habia colocado de la otra parte del puente desde la noche anterior, distribuyéndose en tres reductos, dos casas fuertes y tres líneas atrincheradas, dispuestas con el fin de disputar el paso de un vado cercano. Los carlistas se sostuvieron en estos puntos con el mayor denuedo, conocian su importancia y no los abandonaron hasta el último apuro, cuando ya les era imposible todo otro recurso. El fuego duró cuatro horas sin ninguna ventaja de ambos lados; Leon conoció la necesidad de aprovechar los instantes y mandó á sus tropas ocupar el pueblo despreciando todo obstáculo. Belascoain cayó en su poder tomado á la bayoneta por los suyos que se lanzaran tras su gefe á la conquista de aquella joya de la pelea. La victoria, pues, continuaba marchando ante nuestro caudillo, un paso mas y conquistado el puente habia conseguido su objeto estableciendo la apetecida comunicacion con Pamplona.

Empero, la artillería no llegaba, y abandonar un triunfo seguro por esperarla era mayor temeridad que continuar el combate. Leon no vacila, va á comunicar sus órdenes cuando se le presenta su gefe de estado mayor de vuelta de Pamplona, refiriéndole la negativa de Alaix á enviar la artillería; palabras de disgusto salieron en aquel instante de sus lábios, pero la voz de la gloria las apagó en el mismo punto, y recorriendo las líneas de su gente les indicó que iban á conquistar el puente, término de sus fatigas. Su situacion topográfica aumentaba las dificultades, que no pequeñas se amontonaban por todas partes, haciendo muy arriesgada su empresa. A la natural defensa del puente, colocado en el vértice de un ángulo entrante que forma el Arga, que corre lamiendo la falda de aquellas altas montañas, habian añadido los

facciosos bien calculadas fortificaciones, entre ellas un arco, de nuevo restablecido, que ya antes fué arruinado por los nuestros, y un puente levadizo; al otro lado habían construido de nueva planta una casa fuerte unida á un reducto capaz de tres piezas por medio de parapetos levantados en diversos puntos y direcciones. Una vez conocidos estos pormenores, se convenció Leon de la imposibilidad de tomar de frente aquellos puestos, y calculó caer sobre ellos pasando el rio por el vado y apoderándose por la espalda del reducto que tan temible hacia su conquista. Tal era su decision: despues de alcanzadas dos victorias en breves momentos, aun le faltaba otra, la mas peligrosa de todas; antes que retirarse prefirió abordarla, aunque careciera de los elementos necesarios para tamaña empresa.

El Capitan general D. Manuel de la Concha, entonces coronel, se brindó á desempeñar tan complicado movimiento y Leon le concedió el mando de los batallones de Castilla, 1.º de Zaragoza; compañía de tiradores, escuadron de guias y 2.º de húsares. Formadas estas fuerzas sobre el vado, tres compañías del 1.º de Castilla y los cazadores de Bujalance se desplegaron á la parte acá del rio, ejecutándolo delante del pueblo desde la primera brigada. Dos piezas de artillería colocadas al intento molestaban á los carlistas impidiéndoles concentrar sus masas para disputar el tránsito del rio, mientras batian el reducto otras dos, conteniendo su fuego con sus ciertos disparos.

En aquel momento se mandó avanzar á los batallones de la Guardia y 2.º de Zaragoza fingiendo un ataque sobre el puente para llamar hácia él la atención del enemigo. Esta combinacion se ejecutó con el mejor éxito, gracias al heróico valor de nuestros soldados en tan glorioso dia.

A pesar del bien nutrido fuego de la infantería carlista, que colocada tras formidables posiciones, podia di-

rigir certeros tiros sin el menor peligro por parte suya y del de la artillería que á cada instante aumentaba el horror y estrago de los nuestros, ni el mismo río con su impetuoso curso casi arrastrando á los soldados, que habian de atravesarle, el agua sobre la cintura, fue capaz á detener el denuedo y entusiasmo de las leales tropas, que solo pensaban en avanzar despreciando cuantos obstáculos se les oponian á propósito solo para aumentar sus esfuerzos. Las compañías del 1.º de Castilla y la caballería á cuyo frente se hallaba el intrépido Concha, atravesaron el río con rapidez increíble, apoderándose de los primeros atrincheramientos que á la otra orilla ocupaban los facciosos. Leon, en aquel momento, por no dar lugar al enemigo para rehacerse, echó pié á tierra, y se lanzó acompañado de su estado mayor, yendo él el primero á la opuesta ribera, el primer batallón de Zaragoza marchó en su pos, recibiendo en su marcha inequívocas pruebas del efecto y entusiasmo de la division entera.

En momento tan crítico en que se hallaba empeñado el honor de las armas y la fuerza moral de aquellas tropas, se decidió á tomarlo todo por asalto como el pueblo; dejó en este un batallón, organizó los demas en columnas sobre el vado y llegado á él desplegó un batallón que apoyaban los fuegos de la orilla opuesta, y pasó la caballería y los tres batallones restantes el vado; tomó á la carrera las líneas atrincheradas, y entró por asalto en el reducto y casas fuertes, haciendo á las enemigas retirarse de las posiciones que cubren estos puntos, y quedando dueño de tres piezas de artillería, una de á 16 y dos de á 12, con dos carros de municiones: el triunfo estaba decidido en favor de nuestra causa. Arrojadados facciosos de los parapetos y fortificaciones exteriores, se vieron en la precision de desamparar el reducto, y los batallones de la Guardia Real y Zaragoza atravesaron por el puente. Los carlistas entonces se retiraron de todas aquellas posiciones dejando el campo á

nuestro caudillo, que desde aquel instante pudo sonreirse de la incredulidad y timidez de cuantos habian mirado como temerario su proyecto. Su término era su mejor respuesta. Sin embargo no bastaban una victoria, era preciso aprovecharla en lo posible, y para ello, apenas se apoderó de aquellas posiciones envió al gefe de su estado mayor á Pamplona, pidiendo al Virrey pólvora para volar el reducto, y raciones para unos soldados que ni aun pan tenían para celebrar la gloria de la jornada. El gefe regresó con la pólvora y una compañía de zapadores, empero sin las raciones, el Virey carecia de ellas. Grande debió ser en aquel momento la amargura de Leon; en premio á sus esfuerzos tenia que brindar con nuevos sufrimientos, con nuevas miserias á sus soldados.

No por esto desfalleció, el enemigo abundaba en toda clases de recursos, arrebatárselos para repartirlos á sus tropas fue desde aquel punto el objeto de sus propósitos. Hé aqui cómo lo realizó. El fuerte de Ziriza se hallaba situado á media legua escasa del puente de Belascoain; los facciosos que á la posicion natural de aquel punto habian añadido muchas fortificaciones para hacerle inespugnable, y establecido en él un almacén de víveres para las fuerzas su bando que ocupaban aquella comorca. Leon, aprovechando el entusiasmo de sus soldados, y antes que volvieran los contrarios del desaliento, consecuencia de la última derrota, escalonó sus tropas en direccion á aquel fuerte, y avanzando sobre él con dos batallones la artillería y la caballería, tuvo la gloria de ocuparle al primer amago; en él encontró raciones para cinco dias. Inutilizó á Ziriza y principiaron los trabajos para hacer lo mismo con los reductos, casas fuertes y puente de Belascoain, dejando concluidas todas las obras el 30 de enero de 1838.

Tal fue el primer combate que con tanto denuedo, sostenido por los facciosos, realzó el precio de la primera victoria alcanzada por Leon en Belascoain. Oportuna oca-

sion se le presentaba, pero siguiendo el ejemplo de muchos de sus compañeros de armas, describir en un pomposo parte la grandeza de las hazañas á que acababa de dar el mas glorioso término. Sin embargo comprendió que esto rebajaria su verdadero mérito, y así en su comunicacion al Gobierno se espresó en la forma mas sencilla, mas adecuada para hacer resaltar la nobleza de su alma y de sus heróicos sentimientos. S. M. las comprendió, y no quiso dejar desapercibidos servicios dignos del mas brillante premio. La Gran Cruz de San Fernando le fue de consiguiente concedida en 12 de marzo de 1838, no solo como recompensa, sino en pago de un hecho de armas, á los que esta condecoracion reservada para el valor acrisolado, se halla asignada en las constituciones de la militar órden.

La importancia de este suceso nadie como los habitantes de Pamplona pudieron reconocerla, pues gracias á Leon se hallaron en comunicacion con el resto de la provincia, y consiguieron muchedumbre de beneficios, cuya relacion no es de este lugar.

Leon que hasta aqui solo habia figurado como un militar valiente, comenzó desde este instante á remontarse en alas de la fama con los títulos de hábil y entendido General; su importancia histórica comienza, por decirlo así, desde este punto, pues ahora es cuando sus hechos empiezan á ser fecundos en sus resultados, no solo para las combinaciones del ejército en general, sino para el pronto y feliz éxito de la guerra y pacificacion de aquellas provincias. En efecto, no contento con su victoria, y ávido de aprovecharla en toda su estension, deshizo el puente y las fortificaciones que tan útiles habian sido hasta entonces al enemigo, para mantener su dominio en aquel pais. La faccion entretanto no permanecia ociosa, corriase orilla del rio haciendo tentativas para pasarle, forzando á nuestro caudillo no solo á permanecer á la defensiva, sino á practicar marchas y contramarchas con

el fin de desbaratar sus intentos y oponérsele á la menor idea que descubriese de verificar una nueva invasion.

Los encuentros, escaramuzas y choques que en esta época ocurrieron, serian muy largos de referir, y con dificultad, segun uno de sus historiadores, consiguió oponer constantemente la victoria al decidido ánimo de sus adversarios, que multiplicándose por todas partes le acosaban, en unos instantes en los que contaba con escasísimas fuerzas, insuficientes para combinar ninguna operacion de importancia, y capaz de escarmentar con ella á sus incansables contrarios. Los obstáculos aumentaban cada vez mas, poniéndole en el peor estado para servir, segun sus deseos, á la causa de la libertad. No obstante esto, alcanzó á defender por bastante tiempo la línea del Arga, no solo conteniendo, sino arrollando con frecuencia á las masas carlistas; pero su situacion empeoraba cada dia; la de Navarra era insostenible con tan escasos recursos, que le tenian precisado á estar á la defensiva, que tan mal cuadraba á su carácter. En vano empeñaba cada dia una refriega, no podia avanzar, sus esfuerzos eran infructuosos, los obstáculos siempre aumentaban. Grande era su ánimo, pero sin decaer de él hizo dimision de la Comandancia general de Navarra, por motivos que á ello le impulsaron, aceptando la de caballería del ejército, donde le esperaba otra nueva série de triunfos en cambio de los continuos sinsabores y disgustos que en su anterior destino hubo de devorar. Cuáles fueron estos, fáciles son de adivinarse, á pesar de la prudencia con que todos sus biógrafos los han callado, en cuyo punto los imitaremos, pues no creemos aun llegado el instante de descorrer el velo á esta parte de la historia, que solo la posteridad debe ver completamente iluminada.

Sin embargo, apenas sirvió su nuevo empleo, una orden de Espartero le mandó regresar á Navarra, casi sin haberse hecho cargo de él. Nuestras armas habian sido

derrotadas en aquellos campos, y solo Leon podia volverlas su pujanza, ó al menos dejarlas airoas en su complicada situacion. Sin vacilar nuestro protagonista corre á Tafalla, y el 30 de setiembre ya se encontraba al frente de la division que operaba en aquel pais. El desaliento y postracion de aquellas fuerzas rayaba en el último extremo; el menor anuncio de la proximidad del enemigo, recordándolas su pasada derrota, les indicaba la fuga como único medio de salvacion: con tales elementos habia de luchar nuestro protagonista contra un enemigo brioso y decidido. Sin embargo, su presencia reanimó á los soldados; veian la victoria cerniéndose sobre su cabeza, le siguieron, y en premio lograron compartirla con su ilustre General.

Los pueblos de Oteiza, Legarda, Obanos y Muruzabal, se hallaban ocupados por nueve batallones facciosos, cuatro escuadrones y tres piezas de artillería. A batirlos partió, sin miedo á la muerte, despues de haber repartido á sus tropas raciones para tres dias. El enemigo le esperaba situado en las alturas de Oterga y Legarda; no se dió el combate, consiguiendo despues de una ligera escaramuza, lanzarle al otro lado del Arga, tomando las inespugnables posiciones donde se habia fortificado.

Solo el aureola esplendorosa que rodeaba el nombre de Leon, alcanzó esta victoria: el Gobierno deseoso de aprovechar su prestigio, le encargó el Vireinato de Navarra, y Comandante General de las tropas, eleccion acertada que influyó en gran manera en el triunfo de la causa de Isabel II, pues ansioso de corresponder á las constantes recompensas con que premiaban sus servicios, no desaprovechó ocasion de conquistarse el afecto del trono y de la patria, donde tambien acogido fue un nombramiento, al que vinculaba su salvacion y sus esperanzas de mas lisonjero porvenir. Cómo nos condujo á él con sus heróicos esfuerzos y fatigas, habremos de

verlo en breve, pues figurando cada vez en mayor línea, con sus triunfos compitieron su decisión y energía.

Otro triunfo alcanzó en estos días el bizarro Leon, si no el mayor, de los mas notables y heróicos que han legado á la inmortalidad su glorioso nombre envuelto en una aureola de sin igual resplandor. Este combate acaeció en los campos de Sesma, y con tal título es conocido en la historia.

Era el 3 de diciembre de 1838, y nuestro invicto caudillo salió á las seis de la mañana de los pueblos de Carcar y Andosilla, donde habia pasado la noche con las tropas de su mando, emprendiendo la marcha en dirección á los Arcos. A las nueve y media llegaba á Sesma, y tuvo ocasion de observar que á la derecha del camino y sobre el monte de Arroniz se divisaban algunos cuerpos de caballería facciosa; con el objeto de reconocerlos se dirigió hácia ellos con su escolta y un escuadron de cazadores á caballo de la Guardia Real: esta operacion le dió el mas satisfactorio resultado, pues pudo observar que habia varios escuadrones enemigos apoyados en el estribo de aquel monte. Esta operacion le entretuvo mas de lo que habia pensado, tanto que juzgó oportuno pernoctar en el referido pueblo, no creyendo fácil llegar á los Arcos en la conveniente ocasion para verificar la exaccion de granos que se habia propuesto realizar allí. En tal estado de cosas, ordenó al Coronel D. Manuel de la Concha, que mandaba la vanguardia, tomara posicion con su brigada en la altura que domina el punto de union de los dos caminos; hizo despues desfilas á las demas brigadas, y situó á su caballería á la derecha de la primera. La faccion comenzó á maniobrar con el objeto ostensible de envolver la retaguardia de Leon, adelantando para ello sus escuadrones hasta la proximidad del camino. Empero nuestro protagonista adivinada su combinacion antes que acabara de realizar su movimiento el enemigo, avanzó á él con su escolta y escuadron de cazadores, situando una

batería á las inmediatas órdenes del teniente D. Juan Salvador, en punto á propósito para contener con sus fuegos al enemigo, ganando de esta manera el tiempo suficiente hasta que vinieran los dos escuadrones de Lanceros y Granaderos de la Guardia Real, á los que habia mandado orden de avanzar. Apenas estos se unieron al grueso de la fuerza, cargó á la faccion, que engreida por su número, y apoyada en las masas de infantería escalonadas en la cordillera de Arroniz, y llena de confianza en su gefe el General Maroto, á cuyas inmediatas órdenes combatia, se preparó á sostener un largo combate. Su denuedo solo sirvió á aumentar la gloria del valiente Leon: el escuadron de Granaderos á caballo de la Guardia Real dirigido por el valiente capitan D. Arturo Azlor, quien aun con dos heridas de lanza y despreciando la superioridad del enemigo, cruzó con ellos sus espadas, dándoles una horrorosa carga de pretal, que durante algunos minutos ocasionó una mortífera y horrorosa lucha, obligando á la faccion á pronunciarse en retirada, la que se precipitó mas con las sucesivas cargas del escuadron de lanceros de la brigada británica, mandada por el Coronel D. Federico Ricardo Lasausaig y el capitan comandante D. Guillermo Hougrave, del de lanceros de la Guardia dirigido por el Coronel comandante D. Francisco Javier Herreros, que alcanzó gloriosa muerte en el campo, entre los trofeos conquistados por su valor, del de Cazadores á caballo de la Guardia, y del escuadron del Príncipe, 3.º de línea, que marchaba de reserva. Con tales fuerzas tuvo Leon el mérito de quedar dueño del campo y jornada de Sesma.

El enemigo marchó en el acto hácia Arroniz, con pérdida de 120 muertos y considerable número de heridos, dejando bastantes prisioneros en manos del vencedor; consistiendo toda la pérdida que hubo de nuestra parte, de muertos ó heridos, todos por lanza ó sable, pues no se disparó mas que un trabucazo de los ene-

migos, que ocasionó la muerte del bizarro Coronel comandante D. Francisco Javier Herreros.

La grande importancia de esta batalla consiste en que sostenida por sola caballería, recobró gran prestigio la nuestra con su triunfo, perdiendo la enemiga todo el que, gracias á sus penosos esfuerzos, empezaba á alcanzar. Es la única de este género en la guerra de los siete años, y digna del gefe que la dirigió.

Otra victoria superior á esta, si alguna superioridad cabe en tan revelantes hazañas, vino poco despues á sellar los méritos de nuestro admirable héroe. Ocurrió á 1.º de mayo de 1839. Antes de pasar á su narracion, no será inútil ocuparnos de todos los pormenores que la precedieron inmediatamente.

A pesar de todos los esfuerzos de nuestro caudillo, los realistas navarros habian vuelto á apoderarse de Belascoain, punto estratégico que de ninguna manera podia Leon permitir fuera ocupado por los facciosos, pues desde él podian desvistuar el éxito de sus mejores combinaciones. Su importancia era hartó conocida del enemigo, que habia empleado para sostenerse en él cuantos recursos le permitian lo apurado de su situacion; así no solo rehabilitó el puente sino que construyó y perfeccionó todos los medios de defensa que la pasada esperiencia le mostraba necesarios. Lejos de debilitar las resoluciones del caudillo Isabelino tan formidables preparativos, aumentaron su decision y le inclinaron á volver por la corona que con mayores obstáculos de los que ahora se le ofrecian habia colocado sobre sus sienes en aquellos campos.

Ahora solo su valor é inteligencia podian oponerse á alcanzar un nuevo triunfo, y su valor é inteligencia la revelaban en Belascoain el campo de la gloria, al que la inmortalidad debia vincular y su nombre. No vaciló; preparóse para el combate, y no contento con la práctica que de aquel terreno por la pasada victoria tenia, ordenó un nuevo reconocimiento, ejecutándole mediante una

marcha, en la oscuridad de la noche, desde los cantones de Larraga, Mendigorria y Artajona, cayendo al amanecer sobre Belascoain, el que tomó, poniendo en fuga á la escasa fuerza que le guarnecía, y precisando al fuerte á sostener un cañoneo, que puso sobre las armas á todas las masas facciosas de aquella comarca; pero esto no fue suficiente á impedir se verificara con la mayor exactitud la proyectada operacion, la cual se llevó á cabo por el mismo Leon y oficiales de E. M., regresando al anocheecer á sus primitivos puestos.

Con tales disposiciones mandó marchar el 28 de abril sobre aquel punto á toda su division, mientras se encaminaba á él desde Pamplona la artillería de batir. En la tarde de este dia empezó ya un bien nutrido cañoneo entre la batería de arrastre de la legion británica y la de montaña de obuses españoles, situadas ambas en el pueblo, con la de los facciosos que defendia el fuerte. Cuéntase que uno de nuestros disparos rompió el asta de la bandera del fuerte enemigo, lo cual á vueltas de innumerables aplausos, ocasionó no poca esperanza en el buen éxito del combate para nuestras armas.

En los dias 29 y 30 se terminaron los trabajos, y planteada la artillería, para lo cual hubo que vencer no pocas dificultades por la tenaz resistencia que á ello opusieron los carlistas con un fuego continuado de cañon, obús y fusilería, que desde sus posiciones bien fortificadas hacian sobre los cristinos, pues aunque los tiradores y tropas de estos les contestaban hallándose á descubierto y cortado ya el puente por aquellos, todas las ventajas estaban de su parte. Venciéronse sin embargo, lo mismo que todos los demas obstáculos que se presentaron á la ejecucion de los planes del caudillo liberal, y no fueron pocos los que hubo que arrostrar para gracticar un reconocimiento detallado y peligroso de todas las defensas y posiciones de las fuerzas contrarias.

Al amanecer del 1.º de mayo se empeñó al fin el

combate, comenzándose con un vivo fuego de artillería de las tropas de Isabel, mientras las compañías de cazadores de la brigada Azpiroz atravesaban el vado del molino, asaltando esta casa aspillerada y sostenida con increíble energía por las tropas que la ocupaban. En esta jornada es en la que Leon saltó á caballo por una tronera de cañon, y marchando al frente de las tropas, flanqueó los primeros atrincheramientos, desde los cuales el enemigo defendia el puente, el que restablecieron en momentos las compañías de ingenieros. En el acto hizo pasar á las brigadas que al efecto habia colocado en el pueblo, y sin que la arredrara ningun género de obstáculos, marchó á su cabeza en contra del reducto, el que tomó seguido de los cazadores, siendo desalojados de él las fuerzas carlistas que le ocupaban. Los soldados entusiasmados con el ejemplo de su General, imitaron su denuedo y sucesivamente fueron tomadas á la bayoneta las líneas de parapetos y fortificaciones, desde los que Elío y los suyos disputaban la gloria á nuestro caudillo. Los cristinos marchaban en columna cerrada y con las banderas desplegadas; las músicas y bandas de tambores entonando patrióticos himnos les acompañaron hasta los puntos mas culminantes, á los que ascendieron á pesar de las dificultades que el mismo terreno les oponia.

A las ocho de la mañana habian tomado ya algunos reductos y no escaso número de prisioneros, continuando despues la persecucion del enemigo hasta el pueblo de Argueñares y vista del valle de Guelasaz, y se hubiese comprometido en el centro del pais rebelde, si la necesidad de tomar á Ziriza, que dejaba á la espalda, no llamara mas su atencion en aquel momento. Al efecto dejó una brigada en posicion, y avanzó con las tres restantes sobre aquel reducto, que fue abandonado en el acto por la faccion, aunque aún les tomó un obús, municiones y varias otras materias que encontró en el fuerte.

Tal fue la segunda victoria de Belascoain. Al dia

siguiente se volaron y redujeron á cenizas los reductos, la cabeza del puente, su casa aspillerada, fortificación de la de Baños, reducto de Ziriza, el de la barca y la misma barca, consiguiendo por este medio aumentar el espanto del enemigo, el de los afectos con que contaban en aquel pais, y alcanzando todo el fruto posible de un triunfo al que dañarian nuestros elogios, pues es superior á lo que de él pudiera decirse usando de los mas hiperbólicos y entusiasmados encarecimientos.

Los resultados de esta insigne victoria debieron ser inmensos; no obstante, por una desgracia incomprensible nos son desconocidos; en el parte oficial que de ella remitió Leon al Gobierno de S. M., se limita á señalar como los mas inmediatos, ademas de la toma de muchos efectos de guerra, los fuertes y demas arriba referido, la gran pérdida que sufrió el enemigo dejando los parapetos cubiertos de cadáveres, no corto número de ellos en el campo, y pasando de 300 el de los heridos que habia logrado retirar la faccion. En la órden general, fechada á 1.º de mayo de 1839, sobre los reductos de Belascoain, se encuentran estas notables palabras, que nos apresuramos á copiar sin comentarios de ningun género, porque ellas solas dan verdadera idea del valor, grandeza y estension del triunfo de nuestro héroe: «El terror y el espanto los seguia, y yo penetré en la córte de su Rey, en la encastillada Estella, que algun dia será tambien vuestra.» El Conde de Luchana y hoy Duque de la Victoria, respondió al parte que de aquel hecho de armas le remitió nuestro caudillo, en los mas lisonjeros términos, y espresándole la mas completa satisfaccion que con él compartia por el halagüeño éxito de su brillante jornada.

Este portentoso combate ha merecido los mayores elogios de todos los militares, y él por sí solo vale una reputacion, aunque son tantos los que de esta especie cuenta el bizarro Leon, que éste solo ha podido añadir

uno, si bien el mas esplendoroso floron á su corona. El título de *Conde de Belascoain*, fue el digno premio otorgado á tan singular hazaña.

Sin casi apercibirse del alto honor á que se le habia elevado, continuó en su carrera de triunfos, batiendo á los pocos dias al enemigo en los campos de Arroniz, donde despues de cinco horas de un vivo fuego de artillería y fusilería, tomó todas las obras de defensa que habian construido los rebeldes, vivaqueando sus tropas en aquellas posiciones. La caballería facciosa que intentó oponerse á los progresos de la nuestra, fue completamente acuchillada y derrotada, apoderándose en seguida sus columnas á la bayoneta de los reductos construidos sobre la ermita de Nuestra Señora de Mendía y estribos de la cordillera inmediata. Grande debió ser la pérdida de las fuerzas enemigas, puesto que costó á Leon 280 bajas en sus filas este triunfo, por el que S. M. la Reina le dió las gracias en parte especial, las que tambien eran extensivas á los individuos de su division que habian contribuido al buen éxito de aquel combate. Activo perseguidor de las facciones, no olvidaba por esto las demas cargas anexas á su elevada posicion. Mantener espedita la comunicacion con la capital de la provincia, de que era digno gefe, fue uno de los objetos que mas ocuparon su atencion y al que dedicó mayor número y mas constantes esfuerzos, estableciendo para ello numerosas columnas volantes que impedian al enemigo el tránsito por la proximidad de aquella poblacion y principales puntos intermedios.

Poco despues del combate de Arroniz, á 3 de julio, atacó nuevamente á los enemigos, causándoles no pequeña pérdida, con motivo de un reconocimiento que por aquellos dias hizo sobre el valle de Berrueza. En 15 del mismo mes y 19 de agosto, se le presentaron otras dos ocasiones de escarmentarlos, que él con su decision y energía no consintió en desaprovechar de manera alguna.

El gobernador de Lerin participó al General Leon que los enemigos habian cortado el regadío, que constituye la principal riqueza de aquella villa. Inmediatamente ordenó que marcharan las tropas acantonadas en Los Arcos, Lerma y Lodosa, las que emprendieron el movimiento á la una de la madrugada, siguiéndole muy de cerca nuestro Virey, que con su cuartel general se encontraba en el último punto. Antes de ponerse en marcha remitió sus partes preventivos á la segunda brigada que con dos escuadrones y una batería de montaña estaba situada en Los Arcos, para que se le uniera en los campos de Lerma, marchando sobre el portillo de San Julian, en cuya direccion caminaba nuestro caudillo. Adelantóse con su escolta hasta un tiro de fusil de la villa de Allo, donde los enemigos parecian dispuestos á defenderse. Leon no creyó oportuno apoderarse del pueblo, y se limitó de consiguiente á encerrar á la faccion en los edificios y obligarla á retirar sus masas á los olivares de Dicastillo, empleando en ellos los certeros disparos de las dos baterías rodadas española é inglesa, cuyos comandantes, los señores Magniton y Cizar, merecieron la aprobacion de su gefe por lo bien que desempeñaron su cometido. Colocó al mismo tiempo sus tropas en la forma á propósito para el incendio de las mieses (de que luego hablaremos), operacion que juzgó oportuna y llevó á cabo, sin que la faccion pudiera evitarlo, aunque para ello desplegó todas sus fuerzas, descendiendo de sus posiciones con dos piezas de artillería; viendo sin embargo la inutilidad de sus esfuerzos, el enemigo se limitó á adelantarse sus guerrillas á los olivares, las que hubieron de retirarse á los repetidos avances de las de Leon, quien en un instante oportuno hizo cargar al escuadron de Cazadores de la Guardia Real, dirigido por su Comandante D. José de Lafita, el que con el mayor denuedo verificó esta operacion, logrando dispersar á un batallon rebelde, tomándole bastantes prisioneros, los que consiguieron

fugarse en una carga que tres escuadrones contrarios dieron al nuestro por el flanco. Sostúvose éste, á pesar de la superioridad numérica que le combatia, hasta la llegada del escuadron de la brigada auxiliar británica y del de Coraceros de la Guardia, á las órdenes de sus Comandantes D. Guillermo Hogreve y D. Felipe Chiva, que enviados en su apoyo cargaron á los facciosos, arrollándoles completamente y persiguiendo á muchos de sus ginetes, hasta que se refugiaron tras sus batallones, tapias, olivares, donde los suyos estaban cobijados y desde los cuales dirigian certeros disparos á la caballería de la Reina, que continuaba avanzando. Leon entonces ordenó cargar por la derecha al segundo escuadron de Guias, dirigido por su Coronel D. José Lemerí y uno de Borbon, mandado por el capitán con grado de Comandante D. Juan del Hoyo, el enemigo temió á la aproximacion de estas fuerzas y emprendió su retirada, al verse adelantaban hasta sufrir el fuego de sus primeros parapetos.

El principal objeto ó causa que para empeñarse esta accion hubo, fue ejercer un acto de represalias, tan comunes y frecuentes en aquella época; el mismo Leon lo confiesa en su parte, y su triunfo, el haberlo conseguido son su primera y principal defensa; inútil por lo tanto seria la que aquí quisiéramos hacer sobre el incendio de las mieses, que tan ardiente polémica ocasionó en aquellos dias.

II.

Los campos de Allo y Dicastillo volvieron á adornar con sus laureles la frente de nuestro héroe, pues poco despues , á 19 de agosto, se verificó otro combate en aquellos sitios, muy semejante en muchas de sus circunstancias al referido en nuestra primera parte, y tanto que los hemos visto confundidos por algunos escritores, mas consta por las copias impresas de los partes que tenemos á la vista, que Leon tuvo un encuentro (el que acabamos de referir) en Allo á 15 de julio, al cual se refiere el primero fechado en Los Arcos á 15 de julio de 1839, y el segundo, del que pasamos á ocuparnos, acaeció en agosto, y de él trata su parte de 19 del mismo, escrito en Lerin.

En combinacion con el General Espartero, emprendió Leon un movimiento sobre el valle del Yerrí, pero como el objeto principal de estas operaciones fuera llamar sobre sí toda la atencion del enemigo, creyó mas conve-

niente conseguirlo haciendo una incursión en la Solana para lo cual emprendió su marcha en la mañana del 18, con el determinado objeto de apoderarse, por medio de un diestro golpe de mano, de la ermita fortificada de Dicastillo y de los dos reductos que para protegerla habían construido los rebeldes. Leon se hallaba seguro de que conseguido esto infundiría el alarma en el país, y llamaría y atraería hácia sí todas las masas que por aquella parte amagaban á Estella, alcanzando al mismo tiempo la ventaja de arruinar los puntos fortificados que les servían de base en sus operaciones y movimientos por la parte de la Solana. A la una partió Leon de Lerin, y á las tres de la tarde se encontraba ya frente á la población de Allo, donde se notaban algunos grupos de infantería y caballería enemiga. Una compañía de tiradores desplegada, combinada con un movimiento de flanco por la brigada de vanguardia y de los cazadores de á caballo desplegados también en tiradores, protegiendo á estas fuerzas el escuadrón de ingleses, bastaron para ocupar el pueblo, del que sin ninguna resistencia era dueño Leon á las tres y media. Le reconoció en el acto, hallando solo seis vecinas, en cuyas casas colocó las respectivas guardias para evitarlas cualquier género de molestias. Observando á poco que el enemigo se replegaba á Dicastillo, donde se hallaba en estado de defenderse el batallón 6.º de Navarra, organizó sus fuerzas en cuatro columnas á las órdenes, la de la derecha del Brigadier D. Manuel de la Concha; las dos del centro, de los de igual clase Don Joaquin Bayona y D. Ramon Gascon, y la de la izquierda del Coronel D. Vicente de Castro. Tomadas estas medidas á las cuatro y media, avanzó sobre Dicastillo.

El enemigo viéndose envuelto en su flanco por los olivares de Livoca, por la derecha de Leon, al mismo tiempo que por el término de Loseclillo por su izquierda, mientras el centro se dirigía á la población, empezó á aflojar, y á muy poco se declaró en retirada. Al observar

este movimiento nuestro General cargó su retaguardia con sus gefes de Estado Mayor y cuartel general, tomándoles bastantes prisioneros; la aspereza del territorio le impidió sin embargo sacar por aquella parte todo el fruto que de su victoria se habia prometido. El Coronel Castro siguiendo las instrucciones de su gefe, ocupó en el acto la altura de Uneizar, donde estaban los dos reductos que servian de defensa al fuerte de la ermita de Nuestra Señora de Nieva, mientras los cazadores de Bayona se apoderaron del fuerte espresado. Castro y su brigada continuaron el ataque desde aquella altura arrollando al enemigo en todas sus posiciones, persiguiéndole y batiéndole hasta Montejurra, mas allá de Arellano, cuyo pueblo fue tomado por sus tropas. Gran parte de esta accion se verificó de noche protegiendo la claridad de la luna los movimientos de los cristinos, que conseguida tan brillante jornada regresaron á Dicastillo, despues de haber paseado su bandera por puntos á donde en todo el tiempo que duró aquella lucha no habian llegado las armas de Doña Isabel II.

Otras ocasiones se presentaron á nuestro caudillo de distinguirse en aquellos dias, antes que se verificara el célebre convenio de Vergara, muy adelantado ya á la sazón. En Cirauqui y en Puerto de Velate, no sin algunas ventajas para la causa liberal, volvió á medir sus armas con las de las fuerzas facciosas, consiguiendo con estos dos triunfos apresurar el abrazo de Vergara, mas necesario cada vez para dar la paz á nuestra patria. Activo é infatigable despues de este acontecimiento, aun prosiguió en la persecucion del Pretendiente y los suyos, hasta el momento en que buscaron, salvando los Pirineos, un asilo en el vecino reino.

Pacificadas las provincias con estos sucesos, aún quedaba un temible enemigo que vencer, si esto habia de verificarse en toda la Península, alcanzándose de consiguiente los frutos de tan penosos sacrificios. Aun que—

daba un enemigo en Aragon, y la gran fama y sin igual nombradía de Cabrera, hicieron desear al distinguido Leon marchar en su contra por ver si encontraba en el General tortosino un rival digno de su lanza y sus esfuerzos. Acontecimientos de otro género sin embargo, tuvieron lugar durante aquel viaje, atrayendo á nuestro caudillo el antagonismo disfrazado de su mismo gefe y amigo el Duque de la Victoria. Harto notorios los planes de este personaje en aquellos dias, el no participar de ellos era peligroso; Leon se hallaba en este caso, y seguro del afecto del ejército, en nada temia manifestarlo, tanto mas cuanto el pueblo en la primera ocasion le espresó su sincero reconocimiento, y la igualdad en que le colocaba al lado del mismo General en gefe. Entonces nacieron los celos de Espartero, en aquella noche en que convencido del prestigio que Leon gozaba entre el ejército, se convenció del no menor que merecia al pueblo, cuando en Zaragoza, hallándose de paso, asistieron al teatro, y aquel invicto vecindario recibió al valiente Leon con numerosos y unánimes vivas, precisándole á ponerse de pié en el palco para darle las mas entrañables pruebas de su profundo cariño. Dificil es adivinar lo que aquella noche pasó por el alma de Espartero, y desde aquel instante, temeroso de su poder y de la gratitud universal que se le manifestaba, comenzó á ponerle obstáculos que le impidieran obrar conforme á la independenciam de su genio. El Vireinato de Navarra que revestia á Leon de un elevado carácter, fue el puesto de donde creyó deber separarle, para impedir, teniéndole á sus inmediatas órdenes, que como con alguna frecuencia habia acaecido, se opusiera, y aunque con el respeto debido, la increpase por su lentitud y conducta política, y aun pasando mas allá, censurase, negándose á adherirse á las torcidas miras del favorito Linage. Espartero, pues, creyó conveniente á sus planes separar á Leon de tan importante mando, y atrayéndole por su ardor marcial y heróica sencillez, le

puso en el caso de aceptar el cargo de Comandante general de la Guardia.

Leon solo habia figurado hasta ahora como guerrero; de aqui en adelante su existencia aparece mezclada con singulares rasgos que la convierten en política, si no en todas, en muchas de sus principales fases. La omnipotencia que Espartero ejercia le repugnaba en su corazon, á él, monárquico verdadero, amante de su Reina, tanto como de su patria. De aqui su oposicion á muchos de los actos del futuro Regente, que con el correspondiente orden y brevedad referiremos.

El 1.º de octubre tomó en Tudela el mando de la division de la Guardia que se le habia confiado; constaba esta de dos batallones del primer regimiento de Granaderos de la Guardia Real de infantería, dos del 2.º, dos del 3.º, dos del 4.º, dos de la Princesa, una batería rodada, otra de á lomo, el regimiento caballería de Borbon y escuadron inglés; en este acto dirigió á sus tropas una sentida y enérgica proclama, donde espresa claramente sus ideas de orden. Pasó despues á organizar en brigadas la division, marchando luego á Zaragoza donde llegó el dia 4 de aquel mismo mes. En aquella marcha prosiguió aunque de paso su carrera de triunfos, batiendo de nuevo á los rebeldes y tomando crecido número de prisioneros al partidario carlista Bosque en la misma plaza de Calanda, donde penetró con solo su escolta; poco despues enredado en otras atenciones, se lamentaba de dedicarlas un tiempo, que bien empleado podia contribuir en gran manera á terminar la fratricida lucha.

En efecto, entonces estalló abiertamente su desacuerdo con el General en jefe. En Acuavera tenia éste situado su cuartel general, teniendo Leon el suyo en el pueblo de Bordon, en cuyo punto se le tuvieron catorce dias sin víveres y apartado del grueso del ejército, á pesar de las continuas reclamaciones que dirigió demandando raciones para su division: al fin despues de inútiles esfuerzos

se le envió, no los recursos que solicitaba, sino una órden de retroceder que malogró sus bien fundadas esperanzas. Su delicadeza no pudo menos de resentirse ante tal decreto, tan opuesto á lo que el estado de la guerra á la sazón exigía, y que desde luego produjo los resultados que en el primer momento habia calculado su consecuencia inmediata. En efecto, el enemigo envalentonado con esta retirada, no habiendo ademas sufrido en largo tiempo considerables quebrantos, no vaciló en avanzar y presentarse como vencedor ante el cuartel general, si bien fue escarmentado las diversas veces que llevó á tal extremo su temeraria osadía. Leon fue quien tuvo esta gloria, rechazándole en el disputado combate de Peña-cortada, y continuando despues la persecucion de las facciones al frente de su division, desalojó en los dias siguientes al enemigo de los pueblos de Ginebrosa y la Cañada, donde se encontraba, cuando llegó á su noticia el célebre manifiesto conocido en la historia por el nombre del pueblo donde se confeccionó, de Mas de las Matas.

Este manifiesto, como es de todos sabido, constituia una prenda soltada por el Duque de la Victoria al partido revolucionario, y un acta formal de alianza entre el poder militar y la revolucion; pero fuéralo ó no, bastábale saber á Leon que el honor de los Generales se hallaba vinculado en sus victorias sobre el enemigo y no en sus triunfos contra el gobierno que en ellos depositaba sus fuerzas y confianza. Su nobleza, pues, le exigió reprobar la conducta del Duque en los actos de su valido secretario. Se encaminó al cuartel general, donde se le recibió con la mayor astucia, manifestándole que se le esperaba hacia algunos dias para pedirle su parecer en aquel asunto, y como se le leyera el manifiesto en presencia del mismo General en jefe, del Brigadier Linage y de otros varios gefes del ejército, no pudo menos de espresarse en los términos mas enérgicos y mas á propósito para disuadir de sus intentos á personas menos de-

cididas en llevar á cabo aquel proyecto que sus principales empresarios. La fuerza de la verdad que se presentó en los labios del valiente Conde, mereció el homenaje que siempre alcanza, no teniendo aquellos hombres palabras que responder á los fundados cargos que les dirigió. El silencio, pues, fue la única respuesta de aquellos Generales, mudos á sus razones; el silencio fue la respuesta del General Linage á sus duras palabras. Pero el Duque y su secretario se hallaban comprometidos, y arrostrando por todo publicaron su manifiesto en los diarios de la oposicion revolucionaria: el contenido de este documento se hallaba reducido á condenar por el secretario de Espartero y en nombre de éste, la conducta del Ministerio Perez de Castro, que se encontraba entonces al frente de los negocios. Leon viendo esto pidió una licencia, que solo le fue otorgada ante la amenaza de su dimision.

Dirigióse á Madrid donde se presentó á la Reina Gobernadora, quien recibió á Leon con la benevolencia y afecto que por sus singulares servicios merecia. Al besar el General la real mano, aquella señora que buscaba caballeros para defender el trono de su Hija, presentiria tristemente en su corazon cuál era y dónde estaba su mejor caballero. Aquel viaje no dejó de llamar la atencion y encender en el cuartel general las mas vehementes sospechas, lo mismo que en todo el ámbito de la Península, ocasionando no escaso número de comentarios, y es muy natural, sabiendo la importancia que por su valor y posicion tenian todos los hechos que emanaran de nuestro caudillo. Cuando el General Leon se presentó en Madrid, el comunicado del Mas de las Matas habia hecho necesaria una resolucion enérgica para con el General en gefe, creencia de que participaba considerable número de individuos del partido conservador, que, ó por ilusion de fuerza, ó por resolucion de ánimo, querian arrostrar una tentativa de cambio en el mando del ejército; y como Leon era el único general en quien podia recaer el nom-

:

bramiento de General en jefe ; de aqui las especies mas ó menos verosímiles que entonces se divulgaron sobre negocio tan grave. Anuncióse definitivamente que el Ministerio decidido por último á no consentir que se encontrara en el cuartel general el gobierno de la Monarquía, habia elegido á Leon para el mando en jefe, y aseguróse tambien que Leon cuya generosidad y grandeza empezaban verdaderamente á contrariar las miserias de la política, no solo habia renunciado sino manifestado deseo de abandonar el servicio. Si esto fuera una verdad, será un capitulo de culpas que podria dirigirse á nuestro protagonista, porque la aceptacion del mando no era entonces un objeto de solo gloria, era un noble empeño, una estricta obligacion, una gran responsabilidad, un mérito eminente contraido con la patria, el trono y la constitucion del Estado. Sin embargo, ¿llegó á exigírsele semejante servicio? Personas competentemente autorizadas y que á la sazón vivian en la atmósfera del gobierno, han asegurado que aunque se pensó seriamente en ello, jamás llegó á proponérsele. Si tal se hubiera hecho, de seguro su primera respuesta hubiera sido lo que se le suponía; mas de seguro tambien á las órdenes del gobierno, como éste hubiera insistido con decision en su propósito, no hubiera vacilado en presentarse al cuartel general para tomar sobre sí el referido cargo. Era muy gloriosa la ambicion de Leon, nunca desobedeció, ni aun cuando la orden de hacer alto le llegaba cuando su sable sembrando la desolacion y el espanto arrancaba la victoria de manos del enemigo. ¿Se supondrá que pudo hacerle vacilar el miedo? Cien triunfos demuestran cómo Leon comprendia el temor. ¿Quizá su amistad á su General y jefe? ¿No debia mas á las dos Reinas de España? ¿Qué podia valer para un caballero un hombre que faltaba á lo mas sagrado en parangon con una mujer próxima á ser su víctima?

Espartero lleno de inquietud por la permanencia de Leon en Madrid, no cesó de escribirle durante dos meses

para que marchase á reunírsele ; opúsose empero á sus repetidas instancias ; mas no pudo hacer otro tanto á las de la Reina Madre. Reconocida esta señora á sus grandes servicios, le brindó con la faja de Teniente general ; resistióse él á recibirla, manifestando que habia conquistado todos sus ascensos en el campo de batalla, y que en breve tendria ocasion de espresar á S. M. su agradecimiento, haciéndose acreedor al nuevo que con tanta benevolencia le ofrecia. Deseosa la Reina de que no partiera sin una muestra de su soberana bondad, le concedió la llave de Gentil hombre. El 14 de marzo se reunió al ejército, y el 12 practicó con su division un reconocimiento sobre Castellote, donde cumplió á S. M. la palabra de merecer el inmediato ascenso.

El General Espartero acordó que las operaciones contra el pueblo y fuerte de Castellote comenzaran el 21 de marzo, ordenando que la division de la Guardia Real de Infantería, con cuatro batallones mas de la de Provinciales, la batería de á lomo y el escuadron que en esta se hallaban comprendidas, inaugurasen el movimiento dirigido por el General Leon. A las nueve de la mañana de aquel dia ocupó los puestos que se le habian señalado, venciendo los grandes obstáculos que el temporal le oponia, hasta el punto que por la escesiva destemplanza y falta de leña murieran muchos de sus mas valientes soldados. En el dia siguiente 22, primero del sitio, Leon entró dentro de la villa seguido de su escolta, y metió su baston por una aspillera, desde la cual le apuntaba con su fusil un soldado faccioso, dando una prueba de su nunca desmentida intrepidez.

Referir al pormenor todas las vicisitudes y peripecias de este largo y célebre sitio donde tanto se distinguieron las tropas de uno y otro bando, ni es nuestro deber, ni estarian bien colocados en una biografia de Leon los hechos de Espartero, pues en último resultado este fue quien dirigió el sitio de aquella plaza hasta su definitiva

rendicion, y á él en primer término debe reducirse toda la gloria que dimanó de aquella hazaña. Harto relevante la de Leon, no necesita adornos prestados y sus mismos hechos de armas al frente de Castellote tienen demasiado esplendor para ser eclipsados, ni aun por los del mismo general en Gefe. Aunque en segunda línea son muy notables para que dejemos de apuntarlos aquí, si bien con alguna brevedad cual su naturaleza los exige. Despues del arriba referido que acaeció en el dia 22, él fue quien obligó á la guarnicion á replegarse al fuerte, él quien colocó la artillería, quien dirigió el ataque hasta la capitulacion del castillo, satisfaciendo así el generoso empeño que á los piés de su Reina habia contraído. S. M. se le premió, cumpliendo su parte en el compromiso; pues concluida aquella difícil empresa, se remitió á Leon el despacho de Teniente General en premio de los servicios que habia prestado desde el convenio de Vergara hasta aquella fecha.

Felizmente terminado tan brillante suceso, marchó nuestro protagonista sobre Monroyo, con el objeto de oponerse á los intentos del enemigo, que se proponia incendiarle, logrando llegar á este pueblo en el momento mismo que una compañía rebelde se disponia á prenderle fuego. Despues de la ocupacion de este punto, prosiguió su marcha, haciendo el 7 de abril un reconocimiento de las posiciones inmediatas á Peñarroya y del fuerte que en el mismo sitio tenia el enemigo, el que hubiera comenzado á combatir en el mismo dia, si la crueldad del temporal se lo hubiese permitido. Pero una continua nevada que se desarrolló desde antes de amanecer, le obligó á retirarse sin que por aquel dia tuviera ocasion de acometer su empresa. Como á las diez de la mañana del dia 9 se pusieron en movimiento las tropas de su division para apoderarse de Peñarroya, marchando por el camino mas recto desde Monroyo, y dejando en este punto los equipages y enfermos.

El enemigo rompió el fuego de cañon y fusilería á la aproximacion de las fuerzas de la Reina, dirigiéndole marcadamente al cuartel general, G. M. D. y tiradores del escuadron inglés que avanzaron en pós de Leon que volvió á reconocer las obras de defensa á la menor distancia posible. Constaban estas de una estension de cerca de mil varas de circunferencia, conteniendo seis casas y la ermita de Santa Lucía, elevándose por la parte de la villa á veinte piés y aún mas por la opuesta donde se halla su asiento en un corte vertical de peña viva, por lo que se necesitan para la comunicacion escalas de mano de mas de 30 piés. Este castillo, reedificado en mas de tres meses, hubiera exigido que se empleara mas tiempo para llevar á cabo en él el pensamiento que habia dominado en su construccion; presentaba de consiguiente poca resistencia á las balas de cañon por el escaso espesor de las obras, en donde habia emplazamientos á barbata para la artillería por la parte del pueblo, sobre el que se elevaban teniéndole en respeto siempre. Leon vista la posicion y estado del referido fuerte, determinó emprender su ataque bajo la siguiente forma.

Dos compañías de cazadores de la segunda brigada, habian de situarse en las casas del pueblo mas próximo á él, para que desde allí molestáran á la guarnicion, interin dos batallones de la misma, con una seccion de artillería se colocaban á la espalda del fuerte, y sobre la posicion misma donde se halla situado éste, protegiendo este movimiento los fuegos de la artillería desde la proximidad de una colina llamada la *Horca* donde se colocó en batería. Mientras se llevaba á cabo esta operacion, las demas tropas formaron en masas paralelas protegidas por una altura del terreno que las cubria de los fuegos contrarios. Cuán alto rayaba el prestigio de Leon entre las mismas masas facciosas, lo manifiesta el éxito de esta jornada, pues atemorizados al ver sus diestras disposiciones, el grito de ¡Leon! ¡Leon! resonó entre los car-

listas, y la mayor parte de ellos se entregaron, abandonando el fuerte y replegándose otros á los puestos con solo una pieza de campaña que lograron salvar en su precipitada fuga. Nuestro héroe que esperaba aquel momento para alcanzar todo el fruto posible de su victoria, cargó en el acto con su cuartel general y doce lanceros de su escolta, consiguiendo dar alcance y hacer prisioneros á un capitán, dos alféreces y veinte soldados.

El buen resultado de esta operacion constituyó una ventaja positiva para los sucesivos adelantos de la campaña, porque con la posesion de aquel fuerte y pueblo, se impedia el tránsito á Morella de las facciones y de los efectos y víveres que á la guarnicion pretendieran remitirse. Otro trofeo de este triunfo fue una pieza de bronce construida en Cantavieja en 1838, y crecido número de víveres y efectos del parque de Ingenieros que se pudieron aprovechar en el servicio de las tropas de la Reina. La situacion topográfica de Peñarroya aumentó en gran manera la importancia de este hecho, llamando la atención hácia el ilustre caudillo que con tanta gloria como facilidad le habia terminado. Al parte de esta jornada respondió Espartero con una comunicacion donde en los términos mas lisonjeros daba las gracias alabando el valor y pericia de nuestro Conde y de sus valientes soldados.

Incansable Leon cuando se trataba de combatir al enemigo, supo que se encontraban en Beceite algunos batallones facciosos, y deseando sorprenderlos determinó que á las tres de la tarde del 18 marchara uno de los oficiales de E. M. á Fuente Espalda, punto donde se hallaba Zurbano, con el fin de ponerse de acuerdo para hacer una invasion en el pais enemigo, y determinadas las respectivas operaciones al regreso del Edecan que se verificó en la misma tarde, mandó al 2.º batallon del tercer regimiento de la Guardia, á la batería de montaña y escuadron de Borbon se pusieran en camino á las diez de la noche á las órdenes del referido ayudante. Mientras

esta operacion se practicaba, otro Edecan pasó á Torre de Arcas y condujo á Peñarroya el primer batallon del tercer regimiento, no obstante los obstáculos que presentaba el camino en la oscuridad de una lluviosa noche.

Como la sorpresa de Beceite fue única y exclusivamente debida al valor y pericia del desgraciado Zurbano, creemos inútil referir aquí sus conocidas circunstancias, bástanos para nuestro objeto, dejar consignado, que si las armas nacionales volaban de triunfo en triunfo y de victoria en victoria, no era Leon quien menos contribuia á tan gloriosos sucesos, esponiendo su vida como anteriormente en Peñarroya, y cediendo sus tropas como ahora en Beceite para alcanzar con la posible brevedad la completa pacificacion de España y la total estincion de las facciones.

Hallábase esta muy próxima, tanto que Espartero se disponia ya para apoderarse de la plaza de Morella, su último baluarte, al mismo tiempo que el foco y principal apoyo de la rebelion aragonesa. Mas como no pudiera llevarse á cabo esta operacion con la apetecible brevedad, se comisionó á Leon para que en el ínterin ocupara la no menos importante plaza de Mora de Ebro, situada en tal posicion, que por ella se comunicaban las facciones de Aragon y Cataluña, siendo de consiguiente necesaria su posesion, pues con esto no solo se evitaria la fácil comunicacion de los rebeldes entre sí, sino que tambien se cortaba á Cabrera la retirada, caso que éste se lanzase á emprenderla.

Conocedor el caudillo carlista de la importancia de este punto, voló á defenderle con cuantas tropas tenia disponibles. La operacion, por lo tanto, presentaba muy grandes dificultades, pues á las naturales á esta clase de empresas, reunia las no menos notables, de no haber sido frecuentado aquel territorio por las tropas de la nacion desde el principio de la guerra, siendo ademas el terreno muy á propósito para todo género de sorpresas en las que

era harto hábil el General tortosino. Mas Leon, pesando estas desventajas, calculó que seria mas resplandeciente su corona, cuanto mayores fuesen los esfuerzos empleados en adquirírsela.

El general en jefe que conocia perfectamente el valor y demas prendas admirables que constituian el fondo del carácter de Leon, comprendia desde luego que todo movimiento que se le encomendára, seria realizado con la mayor exactitud, y tenia el firme convencimiento de que su esperiencia y práctica ofreceria á nuestro caudillo frecuentes ocasiones de evitar las peripecias á que un movimiento arriesgado pudiera esponerle, y en particular si su término habia de ser la ocupacion de un fuerte que atendida su posicion, procurarian las facciones conservar aun á costa de los mayores esfuerzos. Cabrera tampoco comprendia quizá que cuantos obstáculos presentase á Leon, solo servirian de animarle á avanzar mas en la carrera triunfal, y no teniéndolo presente, se espuso muy en breve á experimentar lo, habiendo de contemplar la pericia y táctica de sus operaciones, cuando al disputarle el paso con su natural impetuosidad en Gandesa, hubo de replegarse con la mayor precipitacion á Mora de Ebro, sin que las ventajas que el terreno le proporcionaba, ni la práctica que en él tenian los rebeldes, ni las simpatías con que en él contaban, retardáran por un solo instante el triunfo de nuestras armas.

Atemorizados los facciosos se dieron á huir á la desbandada sin que las mismas murallas de Mora de Ebro, ni el buen estado de defensa en que se encontrada esta plaza, ni su posicion casi inexpugnable por lo escarpado de las rocas que la cercan, fuera suficiente á darles algun ánimo en su precipitada fuga. Al acercarse Leon á la plaza, los facciosos la abandonaron, ocupándola en el acto las tropas de nuestro héroe, que creidas por los naturales del pais pertenecientes á las huestes carlistas, las recibieron con os gritos de viva el Rey, En el fuerte que se entregó en

seguida y sin oponer la menor resistencia, se hallaron muchedumbre de víveres, municiones y de otros efectos de guerra. De ellos se formó inventario siendo trasladados los efectos á los puntos donde se juzgó mas oportuno, pues los fuertes de la villa de Mora de Ebro fueron completamente destruidos segun las órdenes espedidas al efecto por el general Espartero.

El dia siguientes al en que fue tomada la plaza, emprendió Leon su marcha al amanecer por la carretera de Mora con la direccion á Morella. Sabedores los enemigos de sus movimientos, salieron á oponerse á ellos, situándose en las escarpadas montañas de Valdelladres y sierra del Caballo próxima á la carretera por donde desfilaban las fuerzas cristinas. Muchos, pero todos inútiles, fueron los movimientos y operaciones que ejecutó la faccion con el fin de caer de sorpresa sobre las fuerzas que dirigia Leon. La actividad de este caudillo, su serenidad, la destreza é indeferencia con que miraba los mayores peligros le hizo superior á sí mismo en aquellos instantes, elevando á mayor altura su reputacion, por la facilidad con que frustró los proyectos de los rebeldes mostrando lo mismo en esta que en otras muchas operaciones Leon, que no solo era un hombre de valor como se le queria gratuitamente suponer, sino tambien un capitán consumado y un militar inteligente en todas las reglas de la táctica y la estrategia.

Quando los rebeldes pudieron situarse en las cumbres de las montañas, las fuerzas del Conde de Belascoain habian pasado los desfiladeros, burlando de esta manera los planes de los facciosos que se habian presentado para llevar cabo esta combinacion, en número de tres batallones de Mora, uno de Tortosa, uno de valencianos y quinientos realistas con doscientos caballos del 1.º de Aragon. Muy difícil hubiera sido sostener con ventaja este combate, si hubiera llegado á empeñarle en los puntos donde el enemigo se habia situado, y Leon comprendió

que no sería conveniente emplear el valor de los suyos y esponer su sangre sin fruto en aquellas circunstancias. Creyó, pues, lo mas á propósito proseguir su marcha despreciando las amenazas de los rebeldes, é intentando en un caso atraerlos á un terreno mas ventajoso para sostener la pelea. La faccion, aunque con muchas precauciones, marchó á la retaguardia hasta que juzgándolo Leon conveniente, ordenó al primer batallon del primer regimiento de Guardia Real, tomara á su cargo la escolta de los enfermos y convoy, y con los otros seis de que se componia su division, ordenó el ataque en general.

Es necesario haber presenciado los innumerables combates donde tanta gloria han conquistado nuestras tropas en la campaña de los siete años, para formarse una idea aproximada del entusiasmo y denuedo con que cargaron en Valdelladres á las huestes facciosas, que combatidas, vencidas y arrolladas en cuantas posiciones pretendieron sostener, se vieron en la necesidad de retirarse, siendo perseguidos desde las seis y media de la mañana hasta la una de la tarde, por un territorio sumamente áspero y con considerables pérdidas. Este combate fue de la mayor importancia; los nuestros dieron una relevante prueba de su esfuerzo y táctica, llegando á tal extremo su entusiasmo que muchos individuos de la clase de tropa, se negaron á retirarse al hospital de la sangre por no abandonar la primera fila del combate, manifestando hasta que punto rayaba en ellos el valor y la decision por la noble causa que con tanto desinterés habian abrazado.

Leon no encontrando ningun obstáculo despues de esta victoria, se encaminó á Morella, donde le llamaban las ordenes del General en gefe, para contribuir á la toma de esta ciudad, que con tanto teson sostenian aún las fuerzas del emigrado Pretendiente. Llegado al campamento el bizarro Conde de Belascoain con la primera division, el regimiento de Húsares de la Princesa y algunas baterías marchó á situarse el 23 de Mayo á tiro de cañon del re-

ducto de San Pedro Mártir, habiendo antes dejado al primer batallón del segundo regimiento de la Guardia Real de infantería escoltando la artillería en el campo conocido bajo el nombre de Lasyuc. Con el resto de la división ocupó la sierra de Pedrera, ínterin la tercera que operaba en el sitio, se encaminó á cubrir la de la Muela. Aunque en vano, el enemigo se propuso oponerse á estos movimientos, dirigiendo algunos disparos á nuestros batallones, uno de los rebeldes que se presentó en las alturas de la sierra de Herberset, cuando Espartero se dirigia con su escolta á la ermita de San Marcos, fue cargado con grandes ventajas, y puesto en el acto en la mas ignominiosa fuga. En aquel mismo dia comenzó á maniobrar nuestra artillería, al siguiente continuó sin la menor interrupción y siendo aún mas nutrido el fuego en algunos momentos. En él pasaron Espartero y Leon á reconocer las obras de los ingenieros dirigidas por el general Cortinez. Desearíamos referir todos los hechos parciales que demuestran hasta qué punto llegó el valor de nuestros soldados en este célebre sitio, pero nos desviaríamos de nuestro objeto, que es solo presentar las hazañas de uno de los gefes que mas se distinguieron en él ; así no se nos culpe si omitimos algunas circunstancias, pues solo las que atañen á la persona á quien dedicamos este trabajo, son las que debemos tratar con alguna detención para formar un cuadro completo, en cuyo fondo resalte con la debida exactitud su verdadero carácter y principales hazañas, las que quizá no presentaremos en su completo número por no encontrarlas escritas todas en los biógrafos que nos han precedido.

El dia 28 practicó un reconocimiento nuestro caudillo llegando hasta tiro de pistola de la plaza y en todo el tiempo no ocurrió otra cosa notable que el haber derribado una bala la bandera negra que se divisaba en uno de los torreones del castillo. Al siguiente fue la explosión del edificio donde los rebeldes tenían su depósito de pólvora y

municiones. La noche que le sucedió es de las mas horrosas que se han conocido en esta campaña; Espartero, sabedor de que el enemigo pensaba en ella hacer una salida, mandó aproximarse á varios regimientos para impedir alcanzáran ventaja alguna. A las once las avanzadas avisaron el movimiento de los rebeldes, y en el acto se rompió el fuego contra ellos por las compañías de cazadores de la cuarta division; mas cuando los facciosos se retiraban vencidos, cayó una bomba en el puente levadizo y rompiéndole arrastró en su pús á multitud de rebeldes, mujeres y niños que con el objeto de sustraerse á los horros del sitio, se retiraban de la plaza á favor de la nocturna espedicion de los facciosos. La catástrofe aumentó el desórden entre los sublevados, mientras unos prorrumpian en vivas á la Reina, á Leon y á la libertad, los otros demandaban socorro con los mas lamentables gritos, y en tanto los carlistas de la plaza peleaban contra sus mismos compañeros para impedirlos penetrasen dentro temiendo lo hicieran entre ellos las tropas de Isabel II. La desgracia llegó á su colmo cuando los rebeldes fugitivos de las espadas de sus hermanos de armas vinieron á caer bajo la de los nuestros dirigidos por Leon, que el primero en la línea, y al frente de los suyos, todo lo olvidó, hasta los nobles sentimientos de su generoso corazon, recordando que en aquel instante solo debia cumplir con una imperiosa aunque triste obligacion. Tamaños padecimientos acabaron de quebrantar al enemigo; abierta la brecha, arruinadas la mayor parte de sus fortificaciones, perdidas sus mas doradas esperanzas ante la decision de nuestros valientes soldados, en vano habian peleado con un teson y entusiasmo, dignos de mas afortunada causa, y ha de ser empleados contra sus mismos padres y hermanos; el dia 30 amaneció y Morella y sus fuertes se entregaron á discrecion, bajo ligeras condiciones alcanzadas mas bien por el respeto que su valor habia inspirado á los contrarios, que por otro cualquiera motivo.

Ocupados por nuestro ejército los fuertes y plaza de Morella, prosiguió Leon mandando la vanguardia en su marcha á Cataluña, y cubriendo la carretera para proteger el viaje de SS. MM. y A. R.; tomando despues de revistadas las tropas por las reales personas la direccion de Berga, el solo punto de alguna importancia de que estaban aún apoderadas las facciones. El 4 de junio se puso en movimiento con su division por el camino carretero; los rebeldes, en no despreciable número, se hallaban situados en la altura de Serra de Nuet, que habian fortificado de parapetos y reductos; al divisar á los nuestros rompieron un vivísimo fuego contra el Cuartel general, el que se hizo mas considerable al aproximarse las divisiones á la Masía de la Creu, en donde formó la primera brigada, colocándose á su derecha é izquierda con la caballería de Húsares á retaguardia en observacion de la enemiga, que en número de dos escuadrones desplegaba sus alas á la izquierda del camino. Antes de que el tercer batallon de la primera brigada llegara á la altura de la citada Masía, comenzaron el fuego las octavas de la referida brigada, para proteger el establecimiento de la batería de montaña á la derecha de la misma; el enemigo que le habia seguido haciendo sin interrupcion, lo continuó con mayor energía, respondiendo al de aquellas y á los continuados disparos de nuestra artillería; pero adelantándose las octavas con el mas heróico denuedo, le arrojaron del primer reducto, casa y parapetos cercanos, obligándole á decidirse á la retirada por las alturas de aquellas montañas bajo la direccion de su intrépido gefe, el General Cabrera.

Leon comprendió la oportunidad de las circunstancias, y al frente de su escolta, cuartel general, y dos batallones, se lanzó á apoderarse de las cumbres que protegian los desfiladeros inmediatos. La faccion apoyada en un segundo reducto sostenia desde él un fuego horroso. La mayor parte de los oficiales y soldados de la es-

colta que rodeaban á nuestro caudillo cayeron muertos ó heridos; su mismo caballo recibió cuatro balazos en la cabeza, viéndose en la precision de desmontarse en el mismo campo de batalla, lo que por cierto no era la primera vez que le sucedia. No obstante, superior al peligro, sin temor á los enemigos, y al famoso gefe que los dirigia, continuó la carga á la cabeza de los suyos, obligando á los contrarios á retirarse en la mas completa fuga, y tal que en ella la misma escolta de caballería abandonó al gefe á quien tanto por su enfermedad, como por su posicion debia haber rodeado hasta el postrer apuro, Tomados por nuestras fuerzas los tres reductos de Nuet, bajaron los batallones de la izquierda, ocupando uno en pos de otro todos los fuertes de este flanco, interin una de las octavas de la tercera brigada, con otra de la primera, se apoderaban del pueblo, abandonado por los facciosos. Verificada la retirada de estos, se replegaron las tropas de la division, á las que dió gracias al dia siguiente Leon por su denuedo en este hecho de armas en la órden general.

Cuatro dias despues de la anterior accion, arrojó á los rebeldes del fuerte de Santa Maria de Helars, su postrero asilo, cumpliendo así la palabra largo tiempo hacia empeñada de dar la última lanzada en la guerra civil. Tomadas Berga y Morella, solo quedaban en el pais algunas pequeñas partidas, que perseguidas por todas partes desaparecieron en breve tiempo. La lucha entre carlistas y cristinos habia terminado, Leon se llenó en ella de gloria, cumpliendo los mas caballerosos compromisos. En Berga comenzó el ataque al frente de la vanguardia; el General en gefe envió otra division á reemplazar la suya en el combate, pero él despreciando aquella incalificable órden, se puso al frente de su columna y tomó al arma blanca y paso de ataque los veinte y cuatro reductos de la plaza. Hé aquí como cumplió su palabra, recorriendo la escala de la milicia en todos sus grados, y teniendo la

gloria de decir que sus honores y condecoraciones, no fueron alcanzados por gratuitas gracias, sino en el campo de batalla con numerosos servicios, y en justo premio á ese valor que le ha hecho digno á el renombre de que goza aun despues de hallarse en el olvido de la tumba.

Triste es decirlo, pero este valeroso jóven, tan distinguido en sus hechos como en sus maneras, que nos ha llenado hasta aquí de entusiasmo con el recuerdo de sus triunfos y victorias, solo nos ofrecerá ya en las breves páginas que de su biografia nos restan, el desconsolador sentimiento de la mas inmerecida catástrofe: uno de sus biógrafos ha dicho al llegar á este período de su existencia, que ya pesaba sobre su cabeza la predestinacion de las grandes víctimas!

Concluida la guerra, la revolucion lejos de terminar, se ensoberbecia, contaba con muchos adictos entre los gefes militares, y Leon que no se encontraba en este número, fue separado del mando de aquellos soldados que bajo sus órdenes habian obtenido tantos laureles, venciendo á los enemigos en cuantas ocasiones tuvieron la osadía de esperarlos en el campo. Guardóse, sin embargo, una consideracion en su separacion, pues por no herir su delicadeza, se decretó sin nombrarle sucesor, porque el Duque de la Victoria que veia en él el único gefe capaz de oponérsele como rival, no se atrevia del todo á romper abiertamente con un caudillo que tenia grandes simpatías entre los soldados, que contaba con el afecto del pueblo, por cuanto el entusiasmo es inseparable compañero del valor. Eran muy conocidas las ideas de Leon acerca de la parte que el ejército debia tener en los negocios políticos; su decidida oposicion al comunicado del Mas de las Matas le habia colocado en una posicion especial que Espartero consideraba del todo hostil y muy poco favorable á sus ambiciosos planes, pues conocia demasiado la entereza del de Belascoain y la decision y

energía de su carácter. Su division, que le profesaba el mas entrañable cariño, se hubiera quizá opuesto á la revolucion, y hé aquí á nuestro parecer el motivo, por qué fue separado del importante puesto donde figuraba, y llamado á Barcelona, en cuyo punto á la sazón residian SS. MM., y en donde tuvo la satisfaccion de oír al Duque de la Victoria brindar por el *Murat español* en uno de los banquetes cívicos que se verificaron á la terminacion de la guerra. El gobierno se trasladó entonces á Valencia, y en los mismos dias fue Leon nombrado Capitan General de Madrid. Aseguran sus biógrafos que Espartero reservó su nombramiento hasta que supo á ciencia cierta que el pronunciamiento se habia verificado en la córte, y que cuando Belascoain recibió la real orden le dijo: «temo que mis principios militares me obliguen á rechazar con la fuerza cualquiera tentativa revolucionaria,» á lo cual le respondió el Duque de la Victoria: «en ese caso deja usted tendidos dos mil cadáveres en las calles de Madrid.» No conocemos la certeza de este hecho, y de consiguiente repetimos lo que hemos leído, aunque parece no carecer de alguna probabilidad segun lo que despues en circunstancias muy parecidas hemos tenido ocasion de observar.

Leon recibido su nombramiento se puso en marcha en direccion á la córte, que ya se habia pronunciado, y se preparaba á defenderse, si se queria contrariar su victoria. El gobierno reconocido aún como legítimo, no contaba ya con ningunos recursos en la capital, pues la autoridad civil se hallaba en poder de los insurrectos y la militar se vió precisada á retirarse á Tarancon con algunas fuerzas que la habian permanecido fieles, entre la que se contaban bastantes pertenecientes á la division que habia mandado nuestro caudillo en la anterior guerra. Leon se hallaba ignorante de estos sucesos que no llegaron hasta Lérida á sus oídos. En su lugar cualquiera hombre se hubiera detenido y esperado la marcha de los

acontecimientos; él al contrario, apresuró su camino, era su obligación y esto le bastaba para decidirle á todo, sin temor á obstáculos ni peligros de clase alguna. Cerca de anochecer llegó á un pueblecito próximo á Zaragoza, y resolvió pasar en él la noche; observó que á los pocos instantes de su llegada salió un hombre á caballo de la casa y se encaminó al galope á la ciudad, de la que también le era desconocido el pronunciamiento; mas en el estado en que se hallaba el mas leve motivo debía naturalmente aumentar sus sospechas y producir nuevas precauciones por su parte; hizo diferentes preguntas á varias personas de la casa, y sus respuestas no fueron tan satisfactorias como las circunstancias lo exigian. La Providencia, sin embargo, velaba sobre su vida. La hija de su patron mientras le preparaba la cama, se acercó á él con aire reservado diciéndole; «no vaya el general á Zaragoza, vuélvase al instante.» En tales momentos este aviso no podia ser mas oportuno. Hizo preparar el carruaje y montó en el acto; pero aun le esperaba otra celada de la que solo su intrepidez y presencia de espíritu logró libertarle.

Al montar en el coche, su patron le suplicó con la mayor cortesía que le permitiera marchar con él á Zaragoza, pues tenia un negocio urgente que estaba llamando su atencion en aquella ciudad; Leon le otorgó lo que le pedia, colocándole en el coche á su lado; pero tomando en el momento de partir una pistola, intimó al postillon la órden de volver el tiro. El aragonés al observar esto, manifestó la mayor frialdad y Leon mandó abrir la portezuela y lo despidió con la mayor deferencia. En medio del camino lucieron unos fogonazos en la oscuridad y varias balas silbaron alrededor del carruage. Al apuntar la aurora, aparecieron siete hombres montados que venian al parecer con el objeto de cortar el camino; pero pasando casualmente por allí un destacamento de caballería escoltó hasta Fraga á nuestro general. Desde este

:

punto se vió en la precision de volverse, deteniéndose en aquellos pueblos mientras recibia órdenes del cuartel general, pero la respuesta á sus pliegos fue, que habiéndole S. M. concedido aquel cargo, solo de ella podia recibir instrucciones. En tal estado envió uno de sus edecanes á Valencia, y él se detuvo esperando el resultado á la vuelta de éste de su comision.

En tal estado envió pues, uno de sus edecanes á Valencia con el objeto de que se le remitieran las oportunas órdenes, ofreciendo por el mismo conducto su espada á la Reina Cristina. La respuesta no se hizo esperar, y en ella se mandaba al de Belascoain marchára inmediatamente á Tarancon, y tomase el mando de la division de la Guardia que se encontraba en aquel punto, indicándole al mismo tiempo no se opusiera á la revolucion y esperase allí nuevas órdenes ó el éxito de tan complicados sucesos. Pública es la historia de aquellos dias, inútil de consiguiente el detenernos á referirla. Fácil hubiera sido á Leon anonadar con un solo golpe á los revolucionarios; mas el gobierno huia la responsabilidad en las discordias que podrian seguirse entre el mismo ejército y el pueblo á quien una buena parte de él se hallaba unido, por lo tanto rehusó su asentimiento á nuestro protagonista, que prefirió permanecer leal, á colocarse en las sienes el laurel de la victoria contra la espresa voluntad de su Soberana. Lo que de aquí se siguió es harto notorio; Cristina prefirió abdicar la regencia, á lanzar en el suelo de la Península la tea de la discordia civil, y Espartero hallándose dueño del poder adquirido por nada decorosos medios, escribió á Leon en términos amistosos aconsejándole hiciera dimision de la Capitanía General de Castilla la Nueva que últimamente se le habia conferido, lo cual ejecutó á ejemplo de su Reina pidiendo licencia para Francia, la cual le fue en el acto otorgada, no sin que el futuro Regente le indicase esperára ocasion mas oportuna para llevar á cabo su pro-

yectado viaje. Leon hizo poco aprecio de los consejos de su afortunado y antiguo amigo, y emprendió inmediatamente su marcha para la vecina nacion donde fue recibido entre unánimes aplausos. A su paso por Burdeos, se le concedió el honor de revistar las tropas de aquella division militar, y no juzgando conveniente á su reputacion establecerse en París, regresó á su patria poco despues, volviendo á descansar de siete años de fatigas y disgustos al seno de su familia.

Ageno á la política, y al círculo de miserables y rastroseras intrigas donde esta se ostentaba, se hallaba el General Leon, cuando vinieron á sorprenderle los acontecimientos en que figuró como la primera y mas inocente víctima. Al empezarse el mes de octubre de 1841 la atmósfera política aparecia enturbiada y próxima á deshacerse en furiosa tempestad. En vano por todas partes se traslucia el mayor movimiento, y la ansiedad y la inquietud se revelaban en todos los semblantes; el gobierno permanecia en la inaccion y en el reposo no viendo ó aparentando no ver la catástrofe que amenazaba. El ejército no ocultaba su descontento y hasta en público se quejaban los oficiales de algunos cuerpos de la marcha inaugurada por los ministros del Regente; por todas partes se le anatematizaba, y al observar la singular osadía de muchas personas de cierta bandera política no se podia dudar del gran suceso que se preparaba. En efecto, en la Península existia una vasta conspiracion militar á cuyo frente debian colocarse valientes y acreditados gefes, que se habian batido con gloria en los campos de batalla, y que de consiguiente gozaban entre las tropas de no escaso prestigio. El proyecto se hallaba basado en levantar á un mismo tiempo en varias provincias la voz á favor de la Regencia de María Cristina, residente á la sazón en la capital de Francia. Para realizar este movimiento se esperaba en la adhesion de diversos generales, los que no dejarian de poner en juego cuantos recursos les pa-

reciera oportunos para el buen éxito de su empresa. Esta partía de Madrid, donde se había constituido su centro. El Regente debía ser arrestado en su palacio, ínterin varios regimientos cubriendo el de S. M., cuidarían de defender su Real Persona, huyendo con ella si las circunstancias lo reclamaban. Hé aquí brevemente referido como se efectuó esta combinacion.

El día 2 de octubre se tocó á llamada en Pamplona, capital del reino de Navarra, cuya Milicia Nacional se puso en el acto sobre las armas. El general D. Leopoldo Odonell en aquella noche, se había pronunciado con una parte de las tropas de la guarnicion y encerrado en la ciudadela, proclamando la Regencia de la Reina madre. Aunque estalló la conspiracion, no fué sin embargo tan satisfactoriamente, como los promovedores necesitaban y se lo habían figurado. Los cuerpos adheridos al movimiento eran en corto número; la mayoría de la guarnicion se hallaba en el lado opuesto y aliada con la Milicia y los partidarios de Espartero. En Vitoria y Bilbao se alzaba en el ínterin la misma bandera; Montes de Oca, ex-Ministro de la viuda de Fernando el año 40, dirigia el nuevo pronunciamiento. Su carácter y energía le hicieron cumplir al verificar este movimiento el compromiso contraido al aceptar el nombramiento de individuo del Gobierno provisional que debía establecerse, á alcanzar la victoria en aquellos acontecimientos. Tampoco en estas ciudades obtuvo los mas satisfactorios resultados el grito nuevamente lanzado, y pocas fueron las que se apresuraron á secundarlo. Pero estas noticias llegaban á Madrid muy exageradas, aumentando como era natural la fermentacion é inquietud popular. El gobierno echando una rápida ojeada á su alrededor, debió comprender su crítica situacion y tomar algunas medidas aunque tardías, indispensables para salir de su estraña aptitud.

Hallábase rodeado por una Guardia Real cuyos ge-

ses no merecían su entera confianza, y preveía que estos regimientos no serían los postreros que se lanzáran á proclamar la bandera levantada en Pamplona, en Vitoria y en Bilbao. Determinó de consiguiente separar á muchos de sus oficiales del servicio, y por un decreto dado en la mañana del 7 de octubre, la mayor parte de aquellos militares quedaron fuera de los respectivos cuerpos. Fué mas allá en sus precauciones; reforzaba las guardias y numerosas patrullas recorrían en todas direcciones las calles de la córte, é ínterin se presentaban en casa de Leon, Concha, Fulgoso, Norzagaray y otros Generales á los que la opinion pública suponía complicados en aquel movimiento, varios oficiales les llevaban á las suyas las órdenes del Capitan General para trasladar inmediatamente su cuartel á diversas y remotas poblaciones. Estos militares entretanto desplegaban la mayor actividad en sus operaciones, apresurándose á secundar el movimiento iniciado lejos de la córte, tomaban cuantas medidas juzgaban oportunas para asegurar su victoria, creyéndose en su derecho al obrar en aquella forma, pues de la misma se habia valido para apoderarse del imperio el gobierno á quien ahora se pensaba derribar.

La lucha ademas se habia ya inaugurado; la conspiracion estaba descubierta; retroceder era deshonroso é inoportuno; tal creia Leon; del mismo sentimiento participaban sus restantes compañeros. La voz habia partido de otro punto; sus amigos la habian dado; su nobleza y honor estaban interesados en perder la vida por ayudarles, y aunque en sí seguros del mal éxito de su tentativa, porque el gobierno aunque tarde habia vuelto en sí, se arrojaron á ella con la sonrisa en los labios, con la muerte en el corazon. Grande fué su denuedo, inconcebible su osadía, mas no los juzguemos por la desgracia del éxito; su empresa era justa, y aunque vencidos, su martirio aumenta su corona, vivifica su inmortalidad.

Llegó el día 7 de octubre en el que estaba acordado llevar á cabo el pronunciamiento en Madrid, y para el que principalmente se contaba con el auxilio de muchos oficiales del regimiento de la Guardia de los que fueron depuestos en aquella mañana. Al anochecer se realizó el movimiento; la Milicia Nacional corrió á las armas, todos los habitantes de la heroica villa se hallaban en la mayor ansiedad, ínterin en las altas regiones políticas, en el palacio del Regente reinaba el mayor desórden, y aun se asegura que temeroso este personaje del éxito de aquel acontecimiento habia mandado reunir su escolta y que preparasen un carruaje para retirarse á Alcalá de Henares en caso de peligro. Hé aquí lo que entretanto sucedia. Al saber los oficiales del primer regimiento de la Guardia su separacion del cuerpo, se dirigieron á su cuartel donde en vez de admitirlos dentro, se los hizo fuego al aproximarse por las avanzadas situadas en las calles próximas. En esto el General Concha que ignoraba el decreto reciente que se habia dado para suspender el movimiento hasta el otro dia al relevar la guardia de Palacio, se presentó en el cuartel de Guardias de Corps, donde se hallaba entonces el regimiento de la Princesa, del cual habia sido Coronel y en el que tenia muchos afectos. Residia en el mismo edificio el regimiento de caballería de Húsares, decidido á favor del Regente. A la llegada de Concha, los soldados de este cuerpo fueron sorprendidos por los del anterior y encerrados en sus cuadras, y sublevados los primeros por la voz de este gefe: *A las armas, Princesa, que matan á la Reina*, marcharon en el acto en direccion á Palacio.

Era gefe de parada el Comandante de escuadron Marquesi, que se hallaba en combinacion con los sublevados, los que con su favor pudieron fácilmente penetrar en la morada de S. M. por la puerta del Príncipe, sin que la guardia exterior les opusiera resistencia de ninguna clase. Dentro ya del patio, la tropa empezó á dar vivas

á Isabel II y á la Reina Gobernadora, con los que alarmados los Guardias Alabarderos, que en su mayor número se hallaban entonces á cenar fuera de Palacio, se apresuraron á reunirse y á tomar las armas para morir en defensa de las augustas huérfanas confiadas á su cargo y vigilancia. Hallábase el piquete de este cuerpo aquel día á las órdenes del Coronel Dulce, individuo célebre por su valor y hazañas en la última guerra, y el que mas contribuyó esta noche con su adhesion á la causa progresista á desbaratar el plan de los conjurados. Al oír el tumulto salió este gefe solo, armado con su espada á la escalera principal donde sonaban las voces y al llegar al descanso de los leones, vió subir á una compañía de la Princesa, dirigida por un teniente, al que preguntó la causa que le movia penetrar en aquel recinto, y al que como aturdido no respondiera satisfactoriamente á sus preguntas, le intimó se detuviera y poniéndole la espada al pecho dijo, lo atravesaria, si daba un paso mas.

Pero D. Manuel Boria, que era el citado teniente, replicó á Dulce con la orden de hacer fuego, por lo que este se vió en la precision de acogerse á su cuerpo de guardia, y entornando la mampara de lienzo que le servia de puerta, contestó en la misma forma á los insurrectos. Mientras tanto el Conde de Belascoain, no sabiendo lo ocurrido, pues creia llevada á efecto la contraorden para suspender la sublevacion hasta el próximo día, paseaba de paisano por las calles de la poblacion. Al saber se habia verificado el movimiento, no fué dueño de sí mismo, porque temia su éxito á consecuencia de la precipitacion con que se obraba. Entregado al mayor desasosiego se encaminó á la casa donde habitaba desde que su enemistad con el Regente le habia obligado á tomar algunas precauciones por su seguridad personal, y en el ínterin que se vestia de uniforme y preparaban un caballo, meditaba sobre lo que le convenia hacer en circunstancias tan críticas; ignoraba si pre-

sentarse en el acto en palacio, ó correr delante de la tropa para atraerla á su partido y lanzarse con ella contra la del Duque de la Victoria; mas la oportuna llegada del brigadier Pezuela alejó de él toda clase de dudas, haciéndole tomar la resolución que exigían lo apurado de los momentos. Muchos de los suyos los habían abandonado en aquel día, y solo podían contar con seguridad con parte de la Guardia de Palacio y las compañías de la Princesa que Concha había tenido la fortuna de conducir á aquel sitio. Todo lo demás de la guarnición, la caballería, la artillería, los batallones de la Milicia Nacional, todas las fuerzas, en fin, que entonces residían en la corte ó en los pueblos inmediatos se encontraban, ó bien situadas alrededor del palacio del Regente ó formando el cordón de bloqueo que se había establecido en torno á la régia morada. Concha, que se hallaba en su interior, no había podido avanzar mas allá del descanso de los leones por la brillante defensa que hacían los alabarderos desde las puertas á su cargo confiadas.

Las fuerzas pronunciadas perdían el ánimo por instantes, recelosas; casi comprendían ya su posición y el triste resultado de su malogrado entusiasmo. Solo la presencia del general Leon podía calmar sus inquietudes; por ella clamaban, creyendo que su antiguo Gefe sería en esta como en otras tantas ocasiones el áncora de su salvación. Hé aquí á lo que fué Pezuela á casa de Leon, y despues de estas esplicitas manifestaciones entre ambos militares, accedió nuestro protagonista á marchar á Palacio, saliendo á los pocos instantes de su llegada á caballo, y tomando en la travesía desde la habitación del de Belascoain al régio alcazar todas las medidas que las circunstancias requerían.

Pezuela vestido con su uniforme de brigadier de la Guardia Real, marchaba el primero, seguiale Leon con su uniforme de húsar, y envuelto en un capote de soldado como si fuera un ordenanza. Temerario valor fué preci-

so en realidad para esponerse de tal manera en semejante noche y en tan crítica hora, cuando las fuerzas de su enemigo se hallaban apoderadas de todas las avenidas y en un estado en el que presas sus personas, no solo peligraba su existencia si nó era segura la ruina de la causa por que tanto arrojo desplegaron. Frente al cuartel de San Gil hallaron formado un batallon de las tropas fieles al Regente, los centinelas destacados de las avanzadas al verlos aproximarse les dieron el *quien vive*; Pezuela les respondió, «Estado Mayor,» y continuó su marcha con la mas completa tranquilidad. Sin embargo, al acercarse á la cabeza del batallon en donde se encontraba el gefe del puesto, un granadero de órden de éste asió por la brida el caballo del general, Leon por inspiracion instantánea, gritó *¡adelante!* lo mismo repitió su compañero, y deshaciéndose aquel del intrépido soldado, tomaron ambos á galope el camino de Palacio, librándose providencialmente del fuego que hacía contra ellos la tropa para apoderarse de sus personas. Concha con el objeto de tener en alarma á las fuerzas que bloqueaban á Palacio, habia determinado hacer algunas descargas á largos intervalos, una de ellas sonaba en el instante en que Leon penetraba en el alcázar, mas no pareciéndole oportuna la medida, determinó no volvieran á repetirse desde aquel momento. Las tropas al verle entre ellas empezaron á victorearle, manifestando de esta manera su afecto y entusiasmo; pero nuestro protagonista no le creyó oportuno en aquellas circunstancias, y les suplicó guardaran silencio mientras él en union con los gefes acordaban lo mas acertado; de esta conferencia resultó un espediente harto sencillo y que se puso en el acto por obra.

Presentóse Leon solo en la escalera principal y mandó tocar llamada de honor, y arengando luego á los alabarderos, les invitó á tomar parte en la empresa, pero los astutos veteranos no creyeron en sus palabras correspondiendo á ellas con el mas vivo fuego. El combate vol-

vió á trabarse, Leon resguardado en el umbral de una puerta sufrió por largo tiempo las descargas, mas conociendo lo estéril de sus esfuerzos, porque en lo avanzado de la noche, si llegaba á desaparecer la oscuridad era imposible la fuga, acordó volver á reunir los gefes y llamar su atención sobre el particular. Verificada la reunion se omitieron en ella los mas estraños pareceres, no faltando quien propusiera salir de Palacio á la desesperada, cayendo inopinadamente sobre las tropas sitiadoras, para salvarse en medio de la confusion que aquel ataque no dejaria de producir. Leon creyó en un principio el mas oportuno este dictámen por lo acomodado que era á su intrepidez y á su carácter guerrero, pero despues de serias reflexiones comprendió lo arriesgado de semejante irrupcion, calculando mas segura su marcha entregándose á ella, mientras durára la oscuridad de la noche.

Tomada esta determinacion emprendieron en el acto la marcha. Serian como las tres de la madrugada cuando Leon, Concha y los principales gefes partieron por el Campo del Moro, escoltados por algunos caballos y como una compañía de infantería. Hallándose con una de las avanzadas puestas por las autoridades progresistas en este punto, respondieron á su quien vive, *Ronda mayor*, y cuando aquella se acercó á hacer su reconocimiento la arrollaron, tomando la direccion de la puerta de Hierro. A las repetidas cargas de un escuadron de caballería colocado en este puesto, se vieron en la necesidad de dispersarse. Leon al verse solo se extravió, y queriendo saltar una zanja perdió su caballo. El cansancio, la caida, y legua y media que anduvo á pié por el camino de Valladolid agotaron en gran manera sus fuerzas; pero habiendo hallado á unos cazadores de la Guardia logró hacerse con un caballo por algunas onzas de oro, y con él se halló en estado de volver á ponerse en camino, aunque solo, pues se negó obstinadamente á admitir las ofertas que los cazadores le hacian de seguirle y acompañarle.

Continuó marchando á la ventura sin direccion decidida; en medio del campo estuvo almorzando con unos labradores, y emprendiendo despues su camino se hallaba ya próximo á Colmenar Viejo á algunas leguas de Madrid, cuando vió venir á un escuadron de caballería que se encaminaba al sitio mismo donde estaba en aquel momento. Eran los húsares de la Princesa que habian salido en persecucion de los fugitivos, y á los que reservó la suerte el triste privilegio de hacer prisionero y conducir á la córte á aquel mismo gefe que en mejores dias habia hecho de su regimiento la mejor caballería del ejército. El comandante del escuadron que habia divisado á un ginete apeándose tranquilamente junto á la tapia, mandó dos húsares á reconocerle. ¡Cuán grande no fué el asombro de aquellos soldados al reconocer al general Leon!—¡Mi general!—esclamaron los dos saludándole maquinalmente.—Muchachos, les respondió Leon, ¿con quién venís?—Mi general con el Comandante Laviña.—Pues id y decidle de mi parte que venga.—Los húsares se retiraron á obedecer y cumplir sus órdenes. El comandante D. Pedro Laviña habia sido ayudante de Leon; Leon le apreciaba, le protegió y adelantó en la carrera. El comandante se acercó, sus labios se negaban á hablar; sus ojos humedecidos por las lágrimas, no se atrevian á mirar si no respetuosamente á su antiguo coronel, protector y amigo. Leon, para evitarle enfadosas esplicaciones en su crítica posicion, le dijo:—Vamos á Madrid,—tomaron sus caballos y emprendieron su marcha hácia la córte. Los húsares silenciosos permanecieron por un gran rato en el mayor desaliento, deshiciéronse luego en alabanzas y tiernas espresiones en favor de su desgraciado general, y de seguro si el hubiera querido, nada le fuera mas fácil que volver grupa, y arrastrarlos donde los hubiera conducido su destino. Tal al menos se asegura haberle sido ofrecido por el comandante Laviña, quien ha dicho y de seguro es verdad, que suplicó al general tomára la fuga proponiéndole acompa-

ñarle. La conducta del de Belascoain solo se ha explicado de dos maneras, ó porque como él mismo repitió después no sabia huir, ó porque le era imposible figurarse la suerte que se le preparaba.

Al llegar los húsares á las puertas de Madrid con su prisionero, encontraron á un oficial comisionado por el Regente para encargarse de la persona del general Leon y conducirlo al cuartel de Santo Tomás. El Duque tuvo inmediatamente conocimiento de la captura de su antiguo compañero, y en el mismo instante encargó á un oficial conducirlo al cuartel de la Milicia; al recibir semejante orden, le repuso el oficial estrañándola. ¿Al cuartel de Santo Tomás?—Al cuartel de Santo Tomás:—respondió Espartero.—¿Al de Nacionales?—Al de Nacionales.—Era la alianza de la Regencia con la revolucion.

«La Regencia queria compartir con la revolucion la responsabilidad de la muerte de Leon» ha dicho y muy razonablemente uno de los mejores biógrafos de nuestro protagonista. En efecto, al anochecer de aquel dia, 8 de octubre, corria por Madrid la noticia de que habia sido preso el general Concha; no era Concha, pero era Leon, y poco despues cuando se ratificó esta voz, todos lamentaban de corazon la desgracia del Conde, y se ilusionaban creyendo que no seria impuesta la última pena á un militar que tan heróicos sacrificios habia hecho en la última campaña en favor de la causa nacional. Pero volvamos al dia 7; momentos despues á la marcha de Leon y los suyos, entraron en Palacio las tropas de Espartero, y á las siete de la mañana asistió en el balcon principal al lado de la Reina, al desfile de las tropas, premiando incontinenti á los diez y ocho alabarderos por su brillante defensa con el grado inmediato y la cruz laureada de San Fernando, honor digno de tal hazaña, aunque oscurecido por el ignominioso castigo que se impuso al vencido, rocando la victoria en el suplicio de una inocente víctima.

La pluma se niega referir los hechos que despues se

ejecutaron. Preso Leon, se nombró un consejo de guerra que desplegando la mayor actividad y energía, procedió á la formacion del proceso, para cuya vista se señaló el dia 13 del mismo mes. A primera hora de la mañana formó, para dar mas solemnidad á este acto, la Milicia Nacional desde el Cuartel de Santo Tomás hasta los Estudios nacionales de San Isidro, en cuya capilla esperaba el consejo, compuesto del Gefe de escuadra Capaz, su presidente, y los Mariscales de Campo Mendez Vigo, Isidro, Ramirez, Cortinez, Grases y Brigadier Lopez Pinto. Un numeroso concurso esperaba con ansiedad se abriera la sala para presenciar el infausto espectáculo, y apenas habian comenzado á girar sus puertas, cuando se precipitó la muchedumbre en el recinto, sin que bastaran los esfuerzos de los centinelas á detener el ardor de su ímpetu; la consternacion y el mas vivo interés se hallaban retratados en todos los semblantes. En las calles que comprendia la carrera no era menor el concurso. El pueblo de Madrid corria hácia aquellos sitios para contemplar en tan decisivo instante al hombre de cuyo heroismo habia oido referir tan portentosos efectos. El Conde de Belascoain con su uniforme de húsar, con sus grandes Cruces de Carlos III, Isabel la Católica y San Fernando, con el Cordon de Comendador de la Legion de honor de Francia, con la infinidad de sus cruces laureadas y de sus cruces de distincion adquiridas por su denuedo en las mas sangrientas peleas, salió de su prision en compañía de su defensor, y se dirigió en un coche abierto y escoltado al Colegio Imperial de San Isidro. Leon llegó á las doce; en el instante se inauguró el acto, pronunciando el presidente un lacónico discurso, en cuya brevedad se expresaba su dictámen y voto; el Auditor Avecilla procedió despues á la lectura del proceso.

El documento mas importante que en este se comprendia, era una carta del general Leon al general Espartero, digna de figurar en los anales de la historia y de

transcribirse aquí, porque ella constituyó la única prueba y cargo que se tuvo presente al dar la sentencia. Hé aquí su contenido:

«Sr. D. Baldomero Espartero: Muy Sr. mio: Habiéndome mandado S. M. la Reina Gobernadora del Reino, Doña María Cristina de Borbon, que restablezca su autoridad usurpada y hollada á consecuencia de sucesos que por consideracion hácia V. me abstendré de calificar; y como el honor y el deber no me permiten permanecer sordo á la voz de la augusta Princesa, en cuyo nombre y bajo cuyo gobierno, ayudados por la nacion, hemos dado fin á la terrible lucha de los seis años, para que no desconozca V. el móvil que me llama á desenvainar una espada que siempre empleé en servicio de mi Reina y de mi patria, y no en el de banderías y privadas ambiciones, le noticio que en obediencia de las órdenes de S. M., y para bien del reino, he debido comunicar á todos los gefes de los cuerpos del ejército, que S. M. hallándose resuelta á recuperar el ejercicio de su autoridad, me previene llame al ejército bajo su bandera, la bandera de la lealtad castellana, y lo aperciba y disponga á cumplir las órdenes que en su real nombre estoy encargado de hacerle saber.

— En su consecuencia, las leales provincias Vascongadas y el reino de Navarra con todas las tropas que las guarnecen, á cuya cabeza se halla el general D. Leopoldo Odonell, se han declarado en favor del restablecimiento de la legítima autoridad de la Reina; y como los gefes de los cuerpos que ocupan las demas provincias del reino, han oido igualmente la voz del deber y del honor y se hallan dispuestos á seguir la bandera de la lealtad, el movimiento del Norte va á ser secundado por el del Mediodía y del Este, y el gobierno salido de la revolucion de Setiembre palpará bien pronto el desengaño de haber desconocido los sentimientos de fidelidad á sus Reyes y á las leyes patrias que animan al ejército y al pueblo español.

»Como esta situación va necesariamente á ponerme en pugna con el poder de hecho que V. está ejerciendo, antes que la suerte de las armas decida una contienda que la justicia de la Providencia tiene ya decretada, habla en mí el recuerdo de que hemos sido amigos y compañeros, y desearia evitar á V. el conflicto en que va á verse, á la historia un ejemplo de triste severidad, y al pais el nuevo derramamiento de sangre española.

«Consulte V. su corazon y oiga á su conciencia antes de empeñar una lucha en la que el derecho no está de parte de la causa á cuya cabeza se halla V. colocado. Deje ese puesto que la rebelion le ofreció, y que una equivocada nocion de lo que falsamente creyó sin duda exigia el interés público, pudo solo hacerle aceptar; y yo contaré todavía como un dia feliz aquel en que recibiendo en nombre de S. M. la dejacion de la autoridad revolucionaria que V. ejerce, pueda hacer presente á la Reina que en algo ha contribuido V. á reparar el mal que habia causado.

»Reciba V. con esta la última prueba de la amistad que nos ha unido, y la espresion de mi deseo de encontrar todavía en V. los sentimientos de un buen español, que son los que animan constantemente á su atento S. S. Q. B. S. M.—Diego Leon.»

—Esta carta la atribuia el general á causas políticas sí, pero individuales de que no podia responder en juicio, y de las que aseguraba hallarse pronto á dar esplicaciones al Duque de la Victoria. Los otros dos cargos que se le hacian consistian en su ocultacion cuando se trató enviarle de cuartel á Mérida, y su presencia en palacio en la noche del 7. Leon respondia á lo primero que en el dia 3 recibió un anónimo en que se le decia «que se marche al instante porque se tenia entendido que debia ir en su busca una partida para sacarlo de Madrid, y pretestando que queria fugarse, fusilarle en el camino;» «que el dia 5 encontró á un amigo suyo que le aseguró lo mis-

mo, y él se ocultó para evitar una tropelia, por lo cual y por no haber vuelto á su casa ni á ver á sus criados, no habia podido saber el encargo que le llevaba el oficial que estuvo á buscarle.» A lo segundo respondia: «que tenia convenido con otros generales reunirse en palacio en caso de alarma, pues conferenciando sobre el punto de reunion en semejantes casos, se marcó aquel, » lo cual fué asi confirmado por la declaracion del General Puig Samper, á quien apelaba en su respuesta. Las pruebas legales ¿dónde se hallaban de consiguiente? La ocultacion era un indicio; la presentacion en palacio no pasaba de ser otro indicio; porque de los seis testigos llamados á declarar, entre los cuales se contaban el capitán, el teniente y un individuo de la compañía de Alabarderos, ninguno de ellos dijo sino haberle visto y haber oido á las tropas victorearle. El Conde habia dicho mas en sus propias declaraciones. La carta, una carta escrita con anterioridad al hecho por el cual se le acusaba, tampoco era mas que un tercer indicio. Sin embargo el fiscal Minuisir pedia la pena de muerte para el general Leon.

Terminada la lectura de la acusacion fiscal, se presentó en el salon el Mariscal de Campo D. Federico Roncali, hoy teniente General Conde de Alcoy, y con una voz entrecortada y sollozante que afectaba tanto mas el ánimo cuanto que procedia de un militar de ilustre reputacion, leyó la brillante defensa de su cliente. El estado de las cosas, la esperanza que siempre conserva un defensor, imponia grandes miramientos al general Roncali, y sin embargo, al hablar de la constitucion del consejo, «el tribunal, dijo, tendrá que escuchar algunas reflexiones dirigidas á poner en claro la validez que podrá tener su sentencia, estando como está compuesto de personas que necesariamente deben declarar en este proceso.» Sobrábale al defensor la razon; el general Grases, Gobernador militar de Madrid, y el general Mendez Vigo y el brigadier Minuisir que mandaron las tropas en la noche del 7

no eran competentes para juzgar ó actuar en aquella causa; eran jueces y partes y debieron ser testigos al mismo tiempo. A esta aumentáanse otras consideraciones que el defensor esponia mas adelante; que «estaba prescrito de real orden el giro que debía darse á la causa, señalando la ley á que debía atenerse el fiscal y por consecuencia el consejo, y haciendo por lo tanto la designacion del crimen, » «que no se habian evacuado la mayor parte de las citas ni recibídose muchas declaraciones, entre ellas una del Capitan General citado por el reo.» En la refutacion de los cargos el defensor esplanaba las razones del general, y viniendo luego al delito de que se le acusaba, lo examinaba bajo el aspecto político que tenia principalmente en aquel caso y dirigia al consejo estas alusivas palabras. «¿Quién podrá presentarse en esta era de trastornos y continuos combates como libre del delito de sediccion, como limpio de la culpa que pesa sobre los conspiradores, como exento de la responsabilidad que grava sobre los que en cualquier caso y sea cualquiera la causa que los impulsase, han ocasionado trastornos en su patria?» Las miradas del defensor debieron estar clavadas como dardos en los jueces, ínterin pronunció estas terribles palabras. En las con que concluyó traia á la memoria del tribunal los nombres inolvidables de Villarrobledo, de Grá. del rio Arga, de Sesma y de Belascoain.

Bajo la impresion de tan gloriosos nombres que arrancaron lágrimas de entusiasmo y de dolor en el que los recordaba y en los que las oian, se presentó el General Leon con rostro sereno y ademan reposado ante sus jueces. Habiendo tomado asiento, ratificándose en su declaracion, comenzó el interrogatorio en esta forma entre el ilustre acusado y el Presidente del consejo.

El Sr. Presidente (dirigiéndose al acusado): ¿ Tiene V. E. algo que alegar en su defensa?

El acusado: Sí, Excmo. Sr., y en ampliacion de lo que ya tengo dicho en mi declaracion, debo hacer algu—

nas esplicaciones sobre los dos cargos que pesan sobre mí. Es el primero, suponer que he sido el móvil del pronunciamiento verificado por algunas compañías del regimiento de la Princesa, y en mi descargo creo un deber mio hacer presente al consejo, que si realmente hubiera figurado á la cabeza de aquella insurreccion, hubiera sido el primero en acudir al punto donde debia estallar, y no lo hubiera verificado tres ó cuatro horas despues, como lo hice. Ademas el consejo me hará la justicia de creer que si yo hubiera sacado mi espada en el sentido que se supone, y á la vista de ella me hubiera seguido aquella tropa, hubiera sido fácil que se me encontrase muerto entre ella; pero que abandonase cobardemente á los que me hubieran seguido, no, jamás, era imposible. El segundo cargo que se me hace consiste en la carta escrita por mí al Sermo. Sr. Regente del Reino. En cuanto á esto debo decir, que si este papel hubiera tenido el objeto que aparece en la causa, fácil de adivinar es que no lo hubiera escrito en sentido familiar, y sí en papel de oficio, que hubiera cubierto mejor el objeto á que se supone se destinaba.

Por la declaracion consta que la persona que vino destinada á proponerme si queria encargarme de la direccion de los movimientos que debian ejecutarse en tal sentido, me entregó un borrador de la carta citada igual en todas sus partes; otro de una circular que debia pasarse antes del movimiento á todos los gefes de los cuerpos, previniéndoles se adhirieran al movimiento, y exigiéndoles la responsabilidad de no hacerlo; otro de un bando que debia fijarse en todos los puntos en que tuviese lugar el dicho movimiento de insurreccion: todos estos papeles reunidos á la carta, ninguno de mi letra mas que la última, que es la carta que repito, es copiada exactamente del borrador que con ella debia existir, quedaron en mi poder como en depósito, por no haber querido aceptar tal encargo, para que los entregase á la persona que se me

presentase con una contraseña, que tambien existia en la misma cartera; pues él seria el que debia encargarse de las operaciones, y en tal concepto el que deberia mandar la carta copiada del ya dicho borrador.

En tal estado el dia 5 del corriente recibí un recado del Excmo. Sr. Capitan general de esta provincia, en que me decia haber oido una conversacion en casa de S. A. sobre la conspiracion de que se trata, y que S. A. habia dicho *que no creia se complicase en ella el general Leon*. Me decia ademas el señor Capitan general que fuese á avistarme con S. A. para decirle lo que supiera ó asegurarle que nada sabia. Pero yo no pudiendo ser delator, ni mucho menos asegurar que nada habia, cuando tenia antecedentes en contra, creí lo mas acertado coger la carta citada del borrador y llamar al secretario de S. A. el comandante Gurrea, al cual con este objeto se fué á buscar el 5 en casa del Regente cuando estaba comiendo. Se le buscó tambien el 6, y no se le encontró, de manera que no se consiguió lo que se deseaba, que era manifestarle dijera á S. A. que habiendo recibido yo recado del señor Capitan general, y no pudiendo contestar de un modo mas honroso, le entregaba la carta para que por ella supiese los acontecimientos que se fraguaban, en los cuales estaba decidido á no tomar parte, como lo he hecho. No habiendo, pues, encontrado al señor Gurrea el dia 5 ni el 6, me decidí el 7 al anochecer á salir de la casa donde estaba á buscarle; pero habiendo ocurrido la alarma á pocos momentos de salir de dicha casa, monté á caballo, llevando en la silla de él el traje de paisano que tenia puesto, en cuyos bolsillos se encontraba la cartera con todos los papeles ya dichos.

Por este motivo no pudo tener lugar el objeto que al escribir la carta me propuse en un sentido enteramente opuesto del que se cree, debiendo añadir que si hubiera sido el que ahora se quiere suponer, como conocerá el consejo, era inútil semejante papel.

Tambien creo deber hacer conocer al consejo que mi permanencia en Palacio solo fué el tiempo necesario para prevenir á los reales guardias Alabarderos, á cuyo efecto hice tocar llamada de honor, no hicieran fuego, como lo hice á otras tropas que ocupaban el Palacio. Mas no logrando hacerme oír por no haber contestado los Alabarderos, bajé inmediatamente.

Por último, debo hacer saber al consejo, que decidido á que no pesase sobre mí la responsabilidad de lo ocurrido en la noche del 7, venia á presentarme, como puede declarar el señor Laviña, que me encontró solo en el camino y me condujo á este punto. Es cuanto tenia que decir.»

Leidas por el señor fiscal las declaraciones de los señores D. Pedro Laviña y D. Santiago Barrientos, sargento de Alabarderos, que corroboraban la antecedente declaración, prosiguió el interrogatorio.

El Sr. Presidente: ¿Por qué si tres veces se propuso á V. E. que se pusiera á la cabeza de los proyectos sediciosos, no dió el aviso correspondiente?

El acusado: Porque me pareció que no estaba en el caso de ser delator.

El Sr. Presidente: ¿Y como tampoco dió V. E. aviso de las proposiciones que le hizo al comisionado venido de París?

El acusado: No dí aviso porque no habiendo admitido, como no lo hice nunca, no creia necesario complicarme en un asunto del cual me desentendí completamente, y por consiguiente ni inquirí ni volví á inquirir mas datos.

El Sr. Presidente: ¿V. E. tiene algo mas que decir?

El acusado: No, Excmo. Señor.

El Sr. Presidente: Pues se levanta la sesion.

Concluido el acto público, el General Leon se retiró con su defensor, y los jueces dieron la sentencia.

No examinaremos nosotros la constitucion del consejo de Generales que juzgó al Conde de Belascoain. La misma

prensa progresista, cuya competencia nadie pondrá en duda y mucho menos su imparcialidad, puesto que era del bando vencedor, manifestó la enormidad y muchedumbre de irregularidades cometidas en la formación de aquel tribunal. ¿Pero de qué hubiera aprovechado tampoco que el consejo se constituyera según las prescripciones estrictas de la ley, si era público en aquellos días con la renuncia de dos generales, el general Breson y el general Butron, del cargo de vocales, que el tribunal no se había constituido antes por asegurar la mayoría de los votos contra el acusado? Ni será tampoco el crimen de la forma por el que se podrá increpar al Gobierno de aquella época, y á los hombres que condenaron al general Leon. En los grandes juicios políticos las formas significan bien poco; con cualquiera forma se absuelve, con cualquiera se condena: no es de la forma de los que principalmente se acuerdan los partidos, las naciones, la posteridad. El crimen de hecho es el que pesará eternamente sobre aquellos hombres; este es el que sobrevive, el que se imputa, el que tal vez se venga para mayor fatalidad, el que nunca borrarán de su frente los que ejecutaron en el general Leon una justicia dictatorial y revolucionaria.

El General Leon era en la convicción moral de todo el mundo el jefe de la conjuración de Madrid y de un pronunciamiento de la España entera; su delito sin embargo no estaba probado por las leyes, y mandarle al suplicio era el mas horrendo de todos los crímenes para el gobierno que se adelantaba á las leyes; pero aun cuando su delito constara en los códigos, ¿con qué derecho un gobierno que debía el ser á una insurrección, castigaba con la última pena las insurrecciones? El público ansioso de saber todas las particularidades de aquel tremendo juicio, penetró bien pronto el secreto de los votos del consejo. Tres jueces habían votado la muerte, el general Mendez Vigo que siempre inspiró temor á los que cayeron bajo su mano, el general Isidro que de partida-

rio en 1823 habia venido á parar en esparterista en 1842 y el general Ramirez. Tres jueces habian votado contra la última pena; los generales Cortinez y Grases y el brigadier Lopez Pinto, sobre los cuales se observó que pertenecian todos tres á los cuerpos mas distinguidos del ejército, á la artillería y á los ingenieros, y que alguno de ellos sabia por la triste esperiencia de un hermano lo que son las ejecuciones políticas, Leon no debió morir; el voto del presidente es siempre favorable al último de los reos; pero el presidente era el General Capaz, y dió el escándalo jurídico y moral de votar la muerte. El Tribunal Supremo en el mismo caso, siguió el ejemplo dado por el presidente, al examinar el proceso. Esta formalidad, mera formalidad en aquel caso, se cumplió precipitadamente aquella noche. El Tribunal Supremo habria hallado en los vicios del proceso causa bastante para detener el curso de aquella justicia impía; pero la vara de la alta jurisdiccion militar se dobló como una caña al viento de las circunstancias; se dobló y la sentencia de Leon fué aprobada por unanimidad. Faltaban aun la aprobacion del gobierno, el gobierno en aquel tiempo era el general Espartero; lo era de hecho porque siempre lo habia sido; lo era de derecho por la facultad de perdonar como que reside en la persona misma del Rey ó Regente. Esta idea, la idea de que la vida del general Leon pendia de un solo hombre, de no poder este hombre escudarse con ninguna institucion para condenarle, sostenia en algunos corazones una vislumbre de esperanza.

¶ Pero amaneció el dia 14 de octubre y la realidad hizo perder algun tanto sus ilusiones á los desconsolados amigos del general Leon, y decimos algun tanto porque nosotros no llegamos á perderlas hasta despues de ejecutada la sentencia. En la mañana de aquel dia corrió repentinamente la noticia de que el ilustre reo se hallaba en capilla, y debia ser ejecutado á medio dia del inmediato. Desde que se adquirió esta certidumbre, los

individuos mas influyentes de todos los partidos sin excepcion se ocupaban en recoger firmas para una esposicion al Regente en la que se pidió gracia para el general Leon, y la Milicia nacional acudia espontáneamente á apoyarla. D. Juan Miguel de la Guardia, capitán de la segunda compañía de cazadores, que herido en la noche del 7 de octubre se hallaba á los umbrales del sepulcro el dia en que se puso en capilla á Leon, dirigió un manifiesto á sus compañeros los milicianos y una esposicion al Regente con el mismo objeto.

No solo los Milicianos Nacionales, sino los mismos Guardias Alabarderos por medio de su gefe el Coronel Dulce suplicaban en aquella tarde á S. M. por la vida del valiente Leon. Dulce, el valeroso Dulce, el gefe de los Alabarderos que con su valor y energia hizo fracasar el proyecto de los conjurados, postrado de hinojos ante nuestra Reina pedia gracia para su inocente víctima, y la sensible Isabel accediendo á la demanda de sus bravos defensores, y enternecida por la horfandad y la desgracia de las hijas del otro Leon que muriera combatiendo por defender el trono y sus derechos, llena de compasion por aquellas niñas que al siguiente dia debian quedarse huérfanas de su segundo padre, tomaba la pluma para pedir á Espartero la existencia de su malhadado campeón. Empero el destino se habia fijado sobre su cabeza, y en vano todos sus amigos se fatigaban para alcanzar se conmutara la sentencia. Él entre tanto se preparaba á la muerte, manifestando en tan supremos instantes la inmensidad del valor que su seno encerraba.

A las 12 de la mañana del dia 14 se le notificó por el fiscal Minuissir la determinacion del Consejo; su corazon no pudo menos de manifestar la amargura de que se hallaba poseido, exclamando aun á su pesar; «*este es el premio de haber peleado siete años por la libertad!*» Su semblante, sin embargo, continuó espresando la misma indiferencia, y mientras la comida, en la que le acompa-

ñaron su defensor, algunos amigos, su tío el anciano general Marqués de Zambrano y el Comandante del octavo batallón de la Milicia, alternó en la conversacion é hizo los honores de la mesa, sin que nada en su rostro ni en sus ademanes se notára que desdiguera de su heroica tranquilidad. La presencia de sus sobrinas fué lo único que le hizo derramar abundantes lágrimas; aquellas niñas inocentes, rodeándole con sus brazos, y acariciando su varonil semblante le suplicaban no se suicidára, y el valiente caballero, el que mil veces habia despreciado al peligro en las mas sangrientas batallas, apenas pudo contestarlas sollozando: «*Adios hijas mias, adios. El cielo os proteja despues de mi muerte.*»

El general Roncali fué en aquella misma noche á ver al Regente para pedirle el indulto de su desgraciado amigo; vanos fueron todos los esfuerzos de este pundonoroso militar; manifestóle que un solo voto arrastraba al suplicio al que mas habia contribuido para colocarle en la superior esfera donde se encontraba; pesó sus propios servicios y los del malogrado Leon con el voto que le llevaba al cadalso; le hizo presente la prerogativa concedida al trono por la ley fundamental; llegó mas allá en sus súplicas quizá de lo que su honor le permitia. «*No puedo salvar á Diego;*» fué la sola respuesta que mereció del depositario del poder real en su fingido enternecimiento. «*Pues bien, Espartero, adios; hemos concluido; rodéese V., enhorabuena de esos generales que le adulan; por lo que á mí hace y á mis compañeros, los que le hemos ayudado á adquirir esos honores, le abandonamos desde este momento.*» Respuesta enérgica, propia del defensor del héroe de Belascoain. Roncali ha cumplido su palabra; la historia puede asegurarlo ante el tribunal de la posteridad.

Las medidas de precaucion se habian aumentado en el cuartel de la Milicia y en sus inmediaciones; ademas del cordon de centinelas que desde la puerta se prolonga-

ba hasta la entrada de la calle de la Concepcion, en el recinto del edificio se habian colocado numerosos retenes y en las escaleras se veian muchísimos vigilantes. No se permitia á sus amigos visitarle, y solo despues de largos é inquisitoriales reconocimientos fué concedido á su amigo D. José Alcalá Galiano entregar al general Roncali una imágen de Nuestra Señora del Milagro que el Conde habia solicitado para tenerla presente en los últimos instantes de su existencia.

Aun prosiguió con la misma serenidad de ánimo y tranquilidad de conciencia en las conversaciones con sus amigos y con los Nacionales que le custodiaban, á los que manifestó y dió especiales muestras de su aprecio. Despues se ocupó en escribir su última tiernísima carta á su esposa é hijos, en la que les daba consuelos y consejos dignos de su corazon de héroe y de caballero; lo mismo hizo con sus hermanos y demas individuos de la familia, consolando á todos y suplicándoles que aunque sintieran su desgracia no la tuviesen por afrenta, pues su muerte era propia de sus deberes de caballero y un modelo legado á la posteridad de los afectos que reinaban en el corazon del mas noble caudillo, defensor de una Reina inocente, y de otra desgraciada víctima de la mas ingrata de las revoluciones; que la mejor prueba de esto seria la serenidad de su alma en aquella suprema hora. Luego se ocupó en redactar su testamento, cuyo ligero contenido es fácil de adivinarse, recordando la pobreza con que fué enterrado.

Asi pasó este dia, en el que fué visitado por varios de sus mas ilustres amigos. Serian como las once de la noche, cuando se quitó las tres únicas sortijas que llevaba puestas y tambien el reloj, que entregó á su fiel y constante amigo D. C. L., diciéndole: «*Estas sortijas se las ha de dar V. á mi mujer, ya ella las conoce; y este reloj á mi hijo Pepe.*» Al mismo sugeto encargó que cuando volviera á su casa rompiese é inutilizase su lanza,

:

á lo cual tanto este como su defensor el General Roncali, se opusieron, manifestándole lo sensible que sería á la patria la pérdida de un objeto que con el tiempo constituiría una de sus mas gloriosas prendas y de sus mas heróicos monumentos vinculado como debia por sus hijos y herederos entre los blasones de su casa. Leon, sin embargo lleno de amargura, les contestó: «*que miraran el premio que él merecia á su patria, y en cuanto á sus hijos contemplasen en su padre lo que de ella podrian esperar.*» Viendo la energía de su resolucion, aunque á pesar suyo, la persona encargada ejecutó al dia siguiente esta firme y postrera determinacion del desgraciado Conde de Belascoain. Tranquilo por el cumplimiento de sus obligaciones como ciudadano y padre de familia, se ocupó de las de cristiano confesando y recibiendo los sacramentos con la mayor piedad y recogimiento. Despues deseando descansar, suplicó al general Roncali cuidára de despertarle á las tres de la mañana.

Mucho tiempo vaciló su acongojado amigo antes de cumplir el triste encargo de su desgraciado cliente; era su sueño tan dulce, tan tranquilo!.. sin embargo le llamó, y entonces ni el menor sentimiento se reveló en su semblante; únicamente al contemplar la aurora á través de los cristales de su ventana, exclamó: *¡¡¡ El último dia!!!*... Acercábase entre tanto la hora fatal, y Leon la aguardaba con la mayor intrepidez, vistiéndose con el mas esquisito gusto, y colocando sobre su pecho todas sus bandas y condecoraciones. Desconociendo el uniforme del piquete que le rodeaba, y que debia llevar á cabo la ejecucion, preguntó de qué regimiento era, á lo que se le satisfizo respondiendo que pertenecia al Provincial de Alcázar de San Juan; entonces repuso con viveza: «*Ah, sí; ese es el regimiento que teniamos en Morella, y que lo mandaba un coronel herido.*» y dirigiéndose á Roncali, dijo: «*Camarada, ¿sabe V. que se me figura que no han de darme? ¡son*

tantas las veces que me han tirado de cerca y no me han dado! Espresion sencilla que demuestra su valor y grandeza de alma.

Pasados algunos instantes, se presentó en la prision un ayudante de plaza. «*Mi general, dijo, cuando V. guste.*» «*Vamos desde luego*» le respondió el Conde, emprendiendo la marcha.

A la una en punto de la mañana del dia 15 de octubre de 1841 salió del cuartel de Santo Tomás el Conde de Belascoain, y subió con su defensor y su confesor al coche que les esperaba. Se presentó, como ya hemos referido, en aquella postrera solemnidad con el uniforme de los que él habia conducido en otro tiempo á Villarrobledo, y á él le habian conducido ahora á Madrid, y deseando hacer una ovacion de la misma muerte, llevaba sobre su seno de la primera á la última de sus cruces; su continente aunque severo espresaba la calma, habiendo abandonado la arrogancia del caudillo que despreciaba la muerte en los combates, por la majestad del mártir de una causa, del hombre cuya suerte habia de cubrir de luto á toda la España. El pueblo lo contemplaba silencioso; escuchándose solo los gemidos de las mujeres y el son de los tambores en aquella apiñada muchedumbre. Mas, ¡ay, cuán despreciables debian parecer los hombres al valeroso Leon en aquel instante! Cubriendo la carrera veia (aunque entre la tristeza y el dolor, contemplando inmóviles el sacrificio) á aquellos soldados que debieron correr á su voz el dia 7, y ellos mismos, ¿ellos mismos iban á apuntar al corazon, cuyo latido les habia sostenido tantas veces en el campo, á aquella frente que habian admirado majestuosa al lanzarse entre los batallones y escuadrones enemigos?

A la una y cuarto emprendió la marcha el cortejo desde Santo Tomás, compuesto de una pequeña escolta de caballería que precedia al coche, y un piquete de infantería que le rodeaba. Leon al poner el pié en el estri-

bo, abrazó al oficial que mandaba la guardia, quien no pudo menos de manifestar toda la amargura de sus sentimientos. Entonces empezaron á caminar por entre la Milicia Nacional de infantería, que se hallaba formada desde el citado cuartel hasta la Puerta de Toledo, en cuyas afueras, un cuadro compuesto de todas las tropas de la guarnición, esperaba á la inocente víctima. Las precauciones que se habían adoptado, y las patrullas y retenes establecidos en diversos puntos, manifestaban el temor de los gobernantes, que pretendían imponer con una ejecución de cuyo resultado no se hallaban muy seguros.

Un solo hombre se ostentaba sereno en aquel trance, y era Leon, mientras el jóven general que le había defendido procuraba en vano ocultar sus lágrimas con su mano, Leon erguido, sereno, lleno de majestad, á todas partes dirigia sus miradas diciendo al que lloraba: «*ánimo, Federico, no es esta ocasion de abatirse.*»

Llegado el cortejo á la puerta de Toledo, el pueblo, al cual no se permitió presenciar la ejecución de la sentencia, vió salir por ella á la víctima para encontrarse á corta distancia dentro del cuadro. Descendió del coche nuestro héroe con la misma firmeza que si se hallára en una gran parada, y mientras con la mano en el chacó oia delante de la bandera la lectura de la sentencia, interrumpida por las lágrimas del oficial encargado de tan triste formalidad, le decia con la mayor indiferencia: «*no hay motivo para tanto; si es posible yo mismo la leeré.*» El pueblo lleno de ansiedad fijaba en el ínterin sus ojos en direccion contraria, y al menor ruido, al mas imperceptible rumor, creia escuchar el galope del caballo que se apresuraba á traer la conmutacion de la sentencia.

El Conde de Belascoain, terminada la lectura, dió dos vueltas por el cuadro, abrazó á uno de los soldados del piquete, á su confesor y al defensor Roncali, á quien

dijo: «*Los valientes se ven en el cielo.*» Pidió despues permiso al oficial del piquete para mandarle, y habiéndole alcanzado, colocó bien la tropa y mirando al sitio donde debia caer, dijo en voz alta: «*no muero como traidor.*» Un Miliciano no pudiendo reprimir su emocion, exclamó: «*No, el general Leon es un valiente.*» «*¿Qué es eso?*» dijo nuestro héroe: «*Nada,* repuso su defensor, *ya no es tiempo mas que de morir.*» Leon volvió á abrazar al general Roncali, y le abrazó por dos veces diciéndole: *este abrazo para mi familia, y este para V.* Abrazó tambien de nuevo al sacerdote que lo habia auxiliado, y dirigiéndose al piquete y tomando una aptitud majestuosa, dijo á los granaderos: «*No tembleis, al corazon*», dió las tres voces de mando, y cayó.

Una descarga anunció al pueblo consternado que la sentencia habia sido ejecutada. Pocos momentos despues el hermano de Roncali desnudaba un cadáver, el cual fué luego conducido en un carro fúnebre por la ronda al cementerio de la Puerta de Fuencarral. Colócasele en uno de sus patios y en un nicho próximo al suelo, en cuya lápida se leia:

DON DIEGO DE LEON, CONDE DE BELASCOAIN.

En 1843, cuando su viuda é hijos regresaron de la emigracion, trasladaron sus restos desde este sitio al en que hoy se encuentran en el cementerio sacramental de San Isidro en un panteon propio de la familia.

Leon murió víctima de la nobleza de sus sentimientos y de la heroicidad de su corazon; pero con la muerte del General Leon se abrió una profunda sima entre los dos partidos beligerantes, la que solo quedó cegada el dia que uno de ellos se hundió para siempre en ella. Sin embargo, ¿deberemos nosotros cuando solo nos hemos propuesto trazar en breves rasgos la vida del héroe de Belascoain, dirigir llorosos nuestros ojos sobre aquel lú-

gubre sacrificio, fijarlos y no apartarlos jamás de aquel monumento de muerte? ¿Deberemos al terminar nuestro cometido, mojar la pluma en sangre para echar un indeleble borron en la fama de sus verdugos? Al meditar en la grandeza y las victorias de los que ejecutaron en D. Diego Leon una venganza que la revolucion y la dictadura se han hermanado para apellidar con las sacrílegas palabras de necesidad y de justicia, el corazon indignado tambien se lanza contra semejantes tiranos, y solo contempla un reo gigantesco juzgado por inexorables y raquíticos verdugos; pero cuando se tiende la vista hácia ese gran reo que se alza de su tumba entre los magníficos atributos de una inmortalidad espléndida y gloriosa, entonces la mirada atraída por el majestuoso espectáculo que ante ella se presenta, se detiene á contemplar aquella simpática figura, y deleitándose en respirar en una region mas pura que la de las pasiones humanas, solo vé á Diego Leon, triunfante, coronado con la aureola de su martirio; á ser posible olvidariase entonces de sus sacrificadores, y siendo impotentes sus esfuerzos para conseguirlo, les mira con el desden que él en sus instantes supremos les miraria. «Diego Leon, ha dicho uno de sus biógrafos, fué la hostia sangrienta de la revolucion española, y la revolucion española no ha merecido tan grande hostia.»

La existencia del Conde de Belascoain, fué una no interrumpida série de combates, que concluyó en la guerra civil, y una conjuracion política y militar que termina en su martirio. Empeñado con todo el entusiasmo de la juventud y toda la fuerza de su ánimo belicoso en el tumulto de una guerra donde solo buscó el honor, la gloria y el triunfo para la causa de la inocente niña á quien él miraba como su única y legítima soberana, lanzado en una guerra en cuyos principios políticos jamás quiso buscar el triunfo de una ambicion revolucionaria, adornado con prendas que elevándole sobre la multi-

tud le impedian sin embargo aspirar al absoluto dominio, el primero al sonar la hora del combate, el único que no concurría á las hablillas ni á las intrigas del campamento, el punto de apoyo de todos los planes de ataque, el mas seguro de obtener un triunfo bajo cualquier base que se propusiera en el consejo de generales, decidido enemigo de toda clase de ambiciones y siniestras miras; la gloria de este caudillo que no corrió nunca tras la responsabilidad ó la honra de dirigir la suerte de la lucha civil ha figurado sin embargo, y aun no nos engañaríamos en decir que se ha ensalzado sobre las mas remontadas, colocándose al par de las mas esplendorosas que la guerra de los siete años ha legado á las páginas de la historia. El éxito de la guerra no dependió de su cabeza, pero su brazo decidió siempre en las mas empeñadas batallas, su lanza arrojada en medio de la lid, inclinó la victoria hácia el lado en donde se encontraba. Al ceñirse la faja de general, lo pudo hacer gloriándose de que era el primero, el mejor de nuestros soldados, y esta corona equivale á la que por su reputacion han colocado sobre su frente nuestros mas célebres generales. Obligado luego por la fuerza de los acontecimientos y de la voz del honor que con mas violencia resuena en lo íntimo del corazon de un militar conocido por su valor, y de un caballero reputado por su generosidad, hubo de colocarse al frente de una empresa en la cual se proclamaban los grandes nombres y los nobles principios que él habia evocado en toda su carrera en el campo de batalla; declarado campeón de una causa vencida por la absurda alianza de las revoluciones militar y popular, derrotado él mismo en aquella lucha por una combinacion de sucesos, obra de la fatalidad enemiga, al Conde de Belascoain no fué otorgada la peligrosa gloria de realizar una restauracion, cuyo solo intento la presenta á los ojos de la posteridad con un carácter político que se halló muy distante quizá de todos sus designios y pensa-

mientos ; estúvole empero guardada la triste fortuna de engrandecerse todavía mas en la heróica desgracia con que terminó su existencia y de purificar con su inocente sangre la causa porque se sacrificaba ; Leon , durante su vida no fué el corifeo , no el hombre necesario de ningún partido militar ó político ; en su muerte sí , al morir personificó en sí un gran principio que no descendió con él al sepulcro , antes bien se ha realizado en España , el dia en que del trono español desapareció el sable que abria al cetro el camino por donde debia avanzar en su triunfal carrera . Tal vez en aquellos críticos instantes no comprendió el mismo Leon la significacion y grandeza de la empresa que le arrastraba hasta la tumba . La ambicion no le inclinaba á meditar en las grandes empresas políticas . Era uno de estos hombres que no aspiran al imperio , aunque su frente se encuentra marcada con el signo de la victoria , y el dia en que olvidando sus destinos se lanzan en pos de la primera aun apoyándose en la segunda , su misma naturaleza los conduce al punto de donde se habian separado , empero vencidos , porque su victoria entonces consiste en el fallo de la posteridad , que coloca sobre su frente la aureola del martirio .

Once años han trascurrido despues del funesto acontecimiento á que nos referimos , y aun existe indeleble en todos los corazones el funesto recuerdo de aquel triste dia . Apenas podemos creer la terrible realidad que hiriendo nuestra mente nos anonada bajo su espantoso peso . Leon , el valiente , el esforzado , el caballero , el noble Leon ha muerto , y ha muerto víctima de la perfidia é ingratitud de sus enemigos . Con él han terminado sus glorias , la victoria con él mudó de carácter , envolviéndose en un negro crespon ; de sus hazañas , de su grandeza solo nos resta un recuerdo mas gigantesco , mas grandioso , porque ha sido ensalzado y aparece á nuetros ojos glorificado por el sacrificio que de su vida hizo en aras del trono á quien la habia dedicado toda entera . De poco

le valieron sus victorias , otros supieron aprovecharlas, dándole la muerte en premio de ellas ; solo para él hubo un cadalso en premio de sus triunfos, cuando otros muchos mas inferiores valieron á algunos singular elevacion y aplausos; pero esta misma muerte constituyó su mayor triunfo , su mas glorioso blason.

Madrid no quedó enteramente convencido de la ejecucion de la cruenta catástrofe hasta que vió á las tropas retirarse á sus cuarteles y á los milicianos á sus hogares, entonces comprendió la espantosa realidad, y ya en su corazon comenzó á augurar un próximo destierro para el que tan allá habia llevado su venganza, profetizó que muy en breve se disolveria cual humo el poder de que habia sido revestido en Mayo de 1841; los manes del General Leon asi lo reclamaban. Asi se ha cumplido en efecto, distante de la córte, en un rincon de la península, vive el hombre que ni oyó la voz de su soberana, ni la de sus compañeros, ni la de los mismos milicianos que le demandaban perdon para el mejor soldado del ejército, para el que con su lanza habia asegurado el trono de Isabel, para el que ciñó á la inocencia con la corona de la victoria.

Hemos terminado nuestro propósito, refiriendo con brevedad la vida y hechos del bravo campeon, del noble militar. Hemos procurado juzgarle con la mayor imparcialidad, aunque solo las generaciones futuras, las que no hayan tenido el triste destino de hallar el suyo unido al de tan célebre hombre, podrán comprenderle con exactitud. Ojalá al poner una corona mas sobre la tumba de nuestro héroe, unan su voz á la nuestra para decir, que si grande fué su gloria mientras vivió , su muerte vino á esmaltarla con la aureola del martirio, y engrandeciendo su memoria , nos legó sus recuerdos como los del mas leal caudillo, del mas completo caballero.



le valieron sus victorias, otros supieron aprovecharlas, dándole la muerte en premio de ellas; solo para él hubo un caballo en premio de sus triunfos, cuando otros muchos mas inferiores valieron a algunos singular elevacion y aplausos; pero esta misma muerte constituyó su mayor triunfo, su mas glorioso diazón.

—Maldad no puede enteramente convencido de la equivocacion de la cruenta catastrofe hasta que vio a las tropas retirarse a sus cuarteles y a los milicianos a sus hogares, entónces comprendió la espantosa realidad, y ya en su corazón comenzó a augurar un próximo destierro para el que tan alta había llevado su venganza, profetizó que muy en breve se disolveria cual humo el poder de que había sido revestido en Mayo de 1841; los muros del General Leon así lo reclamaban. Así se ha cumplido en efecto, distante de la corte, en un rincón de la península, vive el hombre que ni oyó la voz de su soberana, ni la de sus compañeros, ni la de los mismos milicianos que lo demandaban perdon para el mejor soldado del ejército, para el que con su lanza había asegurado el triunfo de Isabel, para el que ciñó a la inocencia con la corona de la victoria.

—Hemos terminado nuestro propósito, retirando con brevedad la vela y hechos del bravo campeón, del noble militar. Hemos procurado juzgarle con la mayor imparcialidad, aunque solo las generaciones futuras, las que no hayan tenido el triste destino de luchar el suyo unido al de tan estúpido hombre, podrán comprenderle con exactitud. Ojalá al poner una corona mas sobre la tumba de nuestro héroe, una voz a la nuestra para decir, que si grande fué su gloria mientras vivió, su muerte vino a ensancharla con la aureola del martirio, y engrandeciendo su memoria, nos dejó sus recuerdos como los del mas fiel capitán, del mas completo caballero.

